



EL TIEMPO DE UNA PRESENCIA

EL AÑO LITÚRGICO
EN LA VIDA DE LOS CRISTIANOS

JUAN JOSÉ SILVESTRE (ED.)

EL TIEMPO DE UNA PRESENCIA

EL AÑO LITÚRGICO
EN LA VIDA DE LOS CRISTIANOS

© 2017 Oficina de Información
del Opus Dei
www.opusdei.org

Índice

- **Presentación.**
- **ADVIENTO**
Preparar la venida del Señor.
- **NAVIDAD**
La luz de Belén.
- **CUARESMA**
El camino hacia la Pascua.
- **SEMANA SANTA**
Nos amó hasta el fin.
- **PASCUA**
He resucitado y aún estoy contigo.
- **TIEMPO ORDINARIO**
El domingo, día del Señor y alegría de los cristianos.
- **TIEMPO ORDINARIO. LAS FIESTAS DEL SEÑOR (I)**
El tiempo de una presencia.
- **TIEMPO ORDINARIO. LAS FIESTAS DEL SEÑOR (II)**
Celebrar el misterio inagotable del Señor.
- **SANTA MARÍA EN EL AÑO LITÚRGICO**
«Me llamarán bienaventurada todas las generaciones».
- **LOS SANTOS EN EL AÑO LITÚRGICO**
Como una gran sinfonía.
- **CANTO Y MÚSICA EN LA LITURGIA**
La música que viene de Dios.
- **EPÍLOGO**
Reunidos en comunión: rezando con toda la Iglesia.

PRESENTACIÓN

«La historia no es una simple sucesión de siglos, años, días, sino que es el tiempo de una presencia que le da pleno significado y la abre a una sólida esperanza»¹. Estas palabras de Benedicto XVI, que han inspirado el título de este libro, describen la esencia del año litúrgico, «celebración del misterio de Cristo en el tiempo»². En la liturgia Dios se hace presente entre nosotros y realiza nuestra salvación de un modo misterioso pero real: tan real como cuando Cristo era visible sobre la tierra. «El año litúrgico, alimentado y seguido por la piedad de la Iglesia, no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo el bien, con el fin de que las almas de los hombres se pusieran en contacto con sus misterios y en cierto modo vivieran por ellos»³.

Este libro, que recoge textos publicados en la web del Opus Dei, invita a recorrer esos misterios del calendario litúrgico, que giran en torno al Misterio pascual, corazón de la vida de Cristo y de la historia del mundo. En la mano del lector está, pues, profundizar en el arco de tonalidades que adquiere, en el tiempo, la oración de la Iglesia; descubrir que la liturgia es, con palabras del Papa Francisco, «tiempo y espacio de Dios», y que Él nos invita a «entrar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios y no mirar el reloj. La liturgia es, precisamente, entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio»⁴.

Contemplemos, pues, cómo el Misterio pascual, por el que Cristo ha vencido a la muerte, entra en nuestro tiempo cansado y lo llena de vida;

aprendamos a vivir de cerca las fiestas en torno al misterio de la Encarnación; adentrémonos en el comienzo de la salvación. Dejémonos sorprender por los distintos perfiles del inagotable misterio de Dios que la liturgia nos propone, a través las diversas solemnidades y fiestas del Señor. Redescubramos la presencia maternal de la Santísima Virgen, en quien la Iglesia «mira y exalta el fruto más excelente de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, aquello que ella misma, toda entera, desea y espera ser»⁵. Y, al recordar a los santos, vislumbremos «el Misterio pascual cumplido en ellos, que padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él»⁶.

Las páginas de este libro quieren ayudar a poner por obra unas conocidas palabras de san Josemaría: «Oración, lo sabemos todos, es hablar con Dios; pero quizá alguno pregunte: hablar, ¿de qué? ¿De qué va a ser, sino de las cosas de Dios y de las que llenan nuestra jornada? Del nacimiento de Jesús, de su caminar en este mundo, de su ocultamiento y de su predicación, de sus milagros, de su Pasión Redentora y de su Cruz y de su Resurrección. Y en la presencia del Dios Trino y Uno, poniendo por Medianera a Santa María y por abogado a San José Nuestro Padre y Señor —a quien tanto amo y venero—, hablaremos del trabajo nuestro de todos los días, de la familia, de las relaciones de amistad, de los grandes proyectos y de las pequeñas mezquindades»⁷.

Ojalá este libro contribuya a despertar el sentido del misterio, de la trascendencia, del amor de la Trinidad por nosotros. Ojalá estas páginas faciliten ponerse a la escucha dócil del Espíritu Santo, que nos habla en la oración, y lleve a muchos lectores a sentirse desbordados ante la posibilidad de entrar en ese diálogo transformante con la Trinidad; un diálogo que nos conduce a salir de nosotros mismos para reencontrarnos, transformados en Cristo, con sus mismos sentimientos. Y que así hechos uno con Él, por obra del Espíritu Santo, podamos presentarnos ante el Padre de las misericordias.

JUAN JOSÉ SILVESTRE (ED.)

Notas

- ¹ Benedicto XVI, Audiencia, 12-XII-2012
- ² J. L. Gutiérrez-Martín, *Belleza y misterio. La liturgia, vida de la Iglesia*, Eunsa, Pamplona 2006.
- ³ Pío XII, Enc. *Mediator Dei* (20.XI.1947).
- ⁴ Francisco, Homilía en Santa Marta, 10.II.2014.
- ⁵ Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 103.
- ⁶ *Ibid*, n. 104.
- ⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 174.

ADVIENTO

Preparar la venida del Señor

El Señor no se ha retirado del mundo, no nos ha dejado solos. El Adviento es un tiempo en el que la Iglesia llama a sus hijos a vigilar, a estar despiertos para recibir a Cristo que pasa, a Cristo que viene.

«Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcan poseer el reino eterno». Estas palabras de la oración colecta del primer domingo de Adviento iluminan con gran eficacia el peculiar carácter de este tiempo, con el que se da inicio al Año litúrgico. Haciéndose eco de la actitud de las vírgenes prudentes de la parábola evangélica, que supieron tener a punto el aceite para las bodas del Esposo¹, la Iglesia llama a sus hijos a *vigilar*, a estar despiertos para recibir a *Cristo que pasa*, a Cristo que viene.

Tiempo de presencia

El deseo de salir al encuentro, de preparar la venida del Señor², nos pone ante el término griego *parusía*, que el latín traduce como *adventus*, de donde surge la palabra Adviento. De hecho, *adventus* se puede traducir como “presencia”, “llegada”, “venida”. No se trata, por lo demás, de una palabra acuñada por los cristianos: en la Antigüedad se usaba en ámbito profano para designar la primera visita oficial de un personaje importante —el rey, el emperador o uno de sus funcionarios— con motivo de su toma de posesión. También podía indicar la venida de la divinidad, que sale de su ocultamiento para manifestarse con fuerza, o que se celebra en el culto. Los cristianos

adoptaron el término para expresar su relación con Jesucristo: Jesús es el Rey que ha entrado en esta pobre “provincia”, nuestra tierra, para visitar a todos; un Rey que invita a participar en la fiesta de su Adviento a todos los que creen en Él, a todos los que están seguros de su presencia entre nosotros.

Al decir *adventus*, los cristianos afirmaban, sencillamente, que Dios está aquí: el Señor no se ha retirado del mundo, no nos ha dejado solos. Aunque no podamos verlo o tocarlo, como sucede con las realidades sensibles, Él está aquí y viene a visitarnos de muchos modos: en la lectura de la Sagrada Escritura; en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía; en el año litúrgico; en la vida de los santos; en tantos episodios, más o menos prosaicos, de la vida cotidiana; en la belleza de la creación... Dios nos ama, conoce nuestro nombre, todo lo nuestro le interesa y está siempre presente junto a nosotros. Esta seguridad de su presencia, que la liturgia del Adviento nos sugiere discretamente, pero con constancia a lo largo de estas semanas, ¿no esboza una imagen nueva del mundo ante nuestros ojos? "Esta certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios"³.

Una memoria agradecida

El Adviento nos invita a detenernos, en silencio, para captar la presencia de Dios. Son días en los que volver a considerar, con palabras de san Josemaría, que "Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando"⁴.

Si nos empapamos de esta realidad, si la consideramos con frecuencia en el tiempo de Adviento, nos sentiremos animados a dirigirle la palabra con confianza en la oración, y muchas veces durante el día; le presentaremos los sufrimientos que nos entristecen, la

impaciencia y las preguntas que brotan de nuestro corazón. Es este un momento oportuno para que crezca en nosotros la seguridad de que Él nos escucha siempre. «A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío; no quede yo defraudado»⁵.

Comprenderemos también cómo los giros a veces inesperados que toma cada día son gestos personalísimos que Dios nos dirige, signos de su mirada atenta sobre cada uno de nosotros. Sucede que solemos estar muy atentos a los problemas, a las dificultades, y a veces apenas nos quedan fuerzas para percibir tantas cosas hermosas y buenas que vienen del Señor. El Adviento es un tiempo para considerar, con más frecuencia, cómo Él nos ha protegido, guiado y ayudado en las vicisitudes de nuestra vida; para alabarlo por todo lo que ha hecho y sigue haciendo por nosotros.

Ese estar despiertos y vigilantes ante los detalles de nuestro Padre del cielo, cuaja en acciones de gracias. Se crea así en nosotros una memoria del bien que nos ayuda incluso en la hora oscura de las dificultades, de los problemas, de la enfermedad, del dolor. «La alegría evangelizadora —escribe el Papa— siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir»⁶. El Adviento nos invita a escribir, por decirlo así, un diario interior de este amor de Dios por nosotros. "Me figuro —decía san Josemaría— que vosotros como yo, al pensar en las circunstancias que han acompañado vuestra decisión de esforzaros para vivir enteramente la fe, daréis muchas gracias al Señor, tendréis el convencimiento sincero —sin falsas humildades— de que no hay mérito alguno por vuestra parte"⁷.

Dios viene

*Dominus veniet!*⁸ ¡Dios viene! Esta breve exclamación abre el tiempo de Adviento y resuena especialmente a lo largo de estas semanas, y después, durante todo el año litúrgico. ¡Dios viene! No se trata simplemente de que Dios haya venido, de algo del pasado; ni tampoco es un simple anuncio de que Dios vendrá, en un futuro que podría no tener excesiva trascendencia para nuestro hoy y ahora. Dios viene: se trata de una acción siempre en marcha; está ocurriendo, ocurre ahora y

seguirá ocurriendo conforme trascurra el tiempo. En todo momento, “Dios viene”: en cada instante de la historia, sigue diciendo el Señor: «mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo»⁹.

El Adviento nos invita a tomar conciencia de esta verdad y a actuar de acuerdo con ella. «Ya es hora de que despertéis del sueño»; «estad siempre despiertos»; «lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: ¡velad!»¹⁰ Son llamadas de la Sagrada Escritura en las lecturas del primer domingo de Adviento que nos recuerdan estas constantes venidas, *adventus*, del Señor. No ayer, no mañana, sino hoy, ahora. Dios no está solo en el cielo, desinteresado de nosotros y de nuestra historia; en realidad, Él es el Dios que viene. La meditación atenta de los textos de la liturgia del Adviento nos ayuda a prepararnos, para que su presencia no nos pase desapercibida.

Para los Padres de la Iglesia, la “venida” de Dios —continua y, por decirlo así, connatural con su mismo ser— se concentra en las dos principales venidas de Cristo: la de su encarnación y la de su vuelta gloriosa al fin de la historia¹¹ El tiempo de Adviento se desarrolla entre estos dos polos. En los primeros días se subraya la espera de la última venida del Señor al final de los tiempos. Y, a medida que se acerca la Navidad, va abriéndose camino la memoria del acontecimiento de Belén, en el que se reconoce la plenitud del tiempo. «Por estas dos razones el Adviento se nos manifiesta como tiempo de una expectación piadosa y alegre»¹².

El prefacio I de Adviento sintetiza este doble motivo: «al venir por vez primera en la humanidad de nuestra carne, [el Señor] realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar»¹³.

Días de espera y esperanza

Una nota fundamental del Adviento es, por tanto, la de la espera; pero una espera que el Señor viene a convertir en esperanza. La experiencia

nos muestra que nos pasamos la vida esperando: cuando somos niños queremos crecer; en la juventud aspiramos a un amor grande, que nos llene; cuando somos adultos buscamos la realización en la profesión, el éxito determinante para el resto de nuestra vida; cuando llegamos a la edad avanzada aspiramos al merecido descanso. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, o también cuando naufragan, percibimos que esto, en realidad, no lo era todo. Necesitamos una esperanza que vaya más allá de lo que podemos imaginar, que nos sorprenda. Así, aunque existen esperanzas más o menos pequeñas que día a día nos mantienen en camino, en realidad, sin la gran esperanza —la que nace del Amor que el Espíritu Santo ha puesto en nuestro corazón¹⁴ y aspira a ese Amor—, todas las demás no bastan.

El Adviento nos anima a preguntarnos ¿qué esperamos? ¿cuál es nuestra esperanza? O, más en profundidad, ¿qué sentido tiene mi presente, mi hoy y ahora? «Si el tiempo no está lleno de un presente cargado de sentido —decía Benedicto XVI— la espera puede resultar insoportable; si se espera algo, pero en este momento no hay nada, es decir, si el presente está vacío, cada instante que pasa parece exageradamente largo, y la espera se transforma en un peso demasiado grande, porque el futuro es del todo incierto. En cambio, cuando el tiempo está cargado de sentido, y en cada instante percibimos algo específico y positivo, entonces la alegría de la espera hace más valioso el presente»¹⁵.

Un Belén para nuestro Dios

Nuestro tiempo presente tiene un sentido porque el Mesías, esperado durante siglos, nace en Belén. Junto a María y José, con la asistencia de nuestros Ángeles Custodios, le esperamos con renovada ilusión. Al venir Cristo entre nosotros, nos ofrece el don de su amor y de su salvación. Para los cristianos la esperanza está animada por una certeza: el Señor está presente a lo largo de toda nuestra vida, en el trabajo y en los afanes cotidianos; nos acompaña y un día enjugará también nuestras lágrimas. Un día, no demasiado lejano, todo encontrará su cumplimiento en el reino de Dios, reino de justicia y de

paz. «El tiempo de Adviento nos devuelve el horizonte de la esperanza, una esperanza que no decepciona porque está fundada en la Palabra de Dios. Una esperanza que no decepciona, sencillamente porque el Señor no decepciona jamás»¹⁶.

El Adviento es un tiempo de presencia y de espera de lo eterno; un tiempo de alegría, de una alegría íntima que nada puede eliminar: «os volveré a ver, promete Jesús a sus discípulos, y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría»¹⁷ El gozo en el momento de la espera es una actitud profundamente cristiana, que vemos plasmada en la Santísima Virgen: Ella, desde el momento de la Anunciación, «esperó con inefable amor de madre»¹⁸ la venida de su Hijo, Jesucristo Por eso, Ella también nos enseña a aguardar sin ansia la llegada el Señor, al mismo tiempo que nos preparamos interiormente para ese encuentro, con la ilusión de "construir con el corazón un Belén para nuestro Dios"¹⁹.

JUAN JOSÉ SILVESTRE

[Volver al índice](#)

Notas

¹ Cfr. *Mt* 25, 1ss.

² Cfr. *Ts* 5, 23.

³ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 144.

⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 267.

⁵ *Misal Romano*, I Domingo de Adviento, Antífona de entrada. Cf. *Sal* 24 (25) 1–2.

⁶ Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24–XI–2013, n. 13.

- ⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 1.
- ⁸ Cfr. *Misal Romano*, Feria III de las semanas I–III de Adviento, Antífona de entrada. Cfr. *Za* 14, 5.
- ⁹ *Jn* 5, 17.
- ¹⁰ *Rm* 13, 11; *Lc* 21, 36; *Mc* 13, 37.
- ¹¹ Cfr. San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 15, 1: PG 33, 870 (II Lectura del Oficio de Lecturas del I Domingo de Adviento).
- ¹² Calendario Romano, Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario, n. 39.
- ¹³ *Misal Romano*, Prefacio I de Adviento.
- ¹⁴ Cfr. *Rm* 5, 5.
- ¹⁵ Benedicto XVI, Homilía I Vísperas del I Domingo de Adviento, 28–XI–2009.
- ¹⁶ Francisco, *Angelus*, 1–XII–2013.
- ¹⁷ *Jn* 16, 22.
- ¹⁸ *Misal Romano*, Prefacio II de Adviento.
- ¹⁹ Notas de una meditación, 25–XII–1973 (AGP, biblioteca, P09, p. 199). Publicado en Álvaro del Portillo, *Caminar con Jesús. Al compás del año litúrgico*, Ed. Cristiandad, Madrid 2014, p. 21.

NAVIDAD

La luz de Belén

En la liturgia del tiempo de Navidad, la Iglesia nos invita a recordar el inicio de aquella pasión de Amor de Dios por los hombres que culmina con la celebración anual de la Pascua.

Cristo, redentor del mundo, Unigénito del Padre, nacido inefablemente del Padre antes de todos los tiempos, «*Christe, redemptor omnium, / ex Patre, Patris Unice, / solus ante principium / natus ineffabiliter*»¹. Estas palabras, las primeras que la Iglesia pronuncia cada año al inicio del tiempo de Navidad, nos introducen en la vida íntima de Dios. Las celebraciones litúrgicas durante estos días, los ratos de meditación delante del Belén, la vida familiar más intensa, nos quieren ayudar a contemplar a la Palabra que se ha hecho Niño; a mirarlo «con las disposiciones humildes del alma cristiana» que no quiere «reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos (...) sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres»².

Una luz que nos lleva al Padre

«Dios es luz»³: en Él no hay oscuridad. Cuando interviene en la historia de los hombres, las tinieblas se disipan. Por eso, en el día de Navidad cantamos: «*lux fulgebit hodie super nos, quia natus est nobis Dominus*»⁴; una luz nos envolverá en su resplandor, porque el Señor ha nacido para nosotros.

Jesucristo, el Verbo Encarnado, nace para iluminar nuestro camino en la tierra; nace para mostrarnos el rostro amable del Padre y revelar el misterio de un Dios que no es un ser solitario, sino Padre, Hijo y

Espíritu Santo. En la eternidad el Padre genera al Hijo en un acto perfectísimo de Amor que hace del Verbo el Hijo Amado: del «Padre de las luces»⁵ procede Aquel que es «Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero»⁶. Aunque esa generación de Luz es inefable y nuestros ojos no pueden percibirla aquí en la tierra, el Señor no nos ha dejado en las tinieblas: nos ha dejado un signo en el que atisbar algo de tal misterio. Ese signo es el nacimiento virginal de Jesús en la noche de Belén.

«La virginidad de María manifiesta la iniciativa absoluta de Dios en la Encarnación. Jesús no tiene como Padre más que a Dios»⁷. El único Hijo de María es el Unigénito del Padre; el nacido inefablemente del Padre antes de todos los tiempos, nace también de modo inefable de una Madre Virgen. Por eso, la Iglesia canta «*talis partus decet Deus*»⁸, un nacimiento así de admirable convenía a la dignidad de Dios. Se trata de un misterio que revela, a los que son humildes, el resplandor de la gloria divina⁹. Si nos acercamos al Niño con sencillez, como la de los pastores que acuden con premura a la gruta¹⁰, o como la de los Magos que «postrándose le adoraron»¹¹, podremos reconocer, en la luz que irradia la faz del Niño, el reverberar de su generación eterna.

El inicio del camino hacia la Pascua

«Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre porque no había sitio para ellos en la posada»¹². Es fácil imaginar la alegría que María había experimentado desde el momento de la Anunciación. Un gozo que iría creciendo conforme pasaban los días y el Hijo de Dios se iba formando en su seno. Sin embargo, a Nuestra Señora y a san José no se les ahorró toda amargura. La noche santa del nacimiento del Redentor está marcada por la dureza y la frialdad del corazón humano: «vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron»¹³. De este modo, si el nacimiento sin dolor anticipaba la gloria del Reino, anticipaba también la “hora” de Jesús, en la que daría su vida por amor a las criaturas: «Sus brazos —lo admiramos de nuevo en el pesebre— son los de un Niño: pero son los

mismos que se extenderán en la Cruz, atrayendo a todos los hombres»¹⁴.

En la liturgia del tiempo de Navidad, la Iglesia nos invita a recordar el inicio de aquella pasión de Amor de Dios por los hombres que culmina con la celebración anual de la Pascua. De hecho, a diferencia de la Pascua anual, la fiesta de la Natividad del Señor no comenzó a celebrarse litúrgicamente hasta bien entrado el siglo IV, conforme el calendario reflejaba cada vez más la unidad de todo el misterio de Cristo. Por eso, al celebrar el nacimiento de Jesús y dejarnos tocar por su ternura de Niño, el sentido de su venida a la tierra se actualiza, como canta aquel villancico que tantos recuerdos traía a san Josemaría: «Yo bajé a la tierra para padecer». La Navidad y la Pascua están unidas no solo por la luz, sino también por la potencia de la Cruz gloriosa.

«*Dum medium silentium...* Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, descendió del cielo, desde el trono real»¹⁵. Son palabras del libro de la Sabiduría, que hacen referencia inmediata a la Pascua antigua, al Éxodo en que fueron liberados los israelitas. La liturgia las emplea con frecuencia en el tiempo de Navidad para presentarnos, a través de contrastes, la figura del Verbo que viene a la tierra. El que es inabarcable se circunscribe en el tiempo; el Dueño del mundo no encuentra sitio en su mundo; el Príncipe de la Paz desciende como «implacable guerrero» desde su trono real. De este modo, podemos comprender que el nacimiento de Jesús es el fin de la tiranía del pecado, el inicio de la liberación de los hijos de Dios. Jesús nos ha liberado del pecado gracias a su misterio Pascual. Es la “hora” que atraviesa y guía toda la historia humana.

Jesús toma una naturaleza como la nuestra, con sus debilidades, para liberarnos del pecado a través de su muerte. Esto solo se puede comprender desde el amor, pues el amor pide la unión, pide compartir la misma suerte que la persona amada: «La única norma o medida que nos permite comprender de algún modo esa manera de obrar de Dios es darnos cuenta de que carece de medida: ver que nace de una locura de

amor, que le lleva a tomar nuestra carne y a cargar con el peso de nuestros pecados»¹⁶.

El Señor quiso tener un corazón de carne como el nuestro para traducir al lenguaje humano la locura del amor de Dios por cada una, por cada uno. Por eso, la Iglesia se regocija al exclamar: «*Puer natus est nobis*»¹⁷, nos ha nacido un Niño. Porque Él es el Mesías esperado por el pueblo de Israel, su misión tiene un alcance universal. Jesús nace para todos, «se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»¹⁸, no se avergüenza de llamarnos “hermanos” y quiere alabar con nosotros la bondad del Padre. Es lógico que en los días de la Navidad vivamos de modo especial la fraternidad cristiana, que queramos a todas las personas sin hacer distinciones de proveniencia o capacidades. Hemos de acoger el amor liberador de Jesús, que nos saca de la esclavitud de nuestras malas inclinaciones, derrumba los muros entre los hombres, para hacernos finalmente «hijos en el Hijo»¹⁹.

Un misterio que ilumina a la familia

«Las fiestas en torno al misterio de la Encarnación (Anunciación, Navidad, Epifanía) conmemoran el comienzo de nuestra salvación y nos comunican las primicias del misterio de la Pascua»²⁰. Estas primicias provienen siempre del contacto con Jesús, de las relaciones que se crean en torno al Niño que, como las de cualquier niño que viene al mundo, son en primer lugar relaciones familiares. La luz del Niño se extiende, pues, en primer lugar a María y a José, y desde ellos a todas las familias.

Dentro del tiempo de Navidad, la fiesta de la Sagrada Familia nos recuerda que las familias cristianas están llamadas a reflejar la luz del hogar de Nazaret. Son un don del Padre celestial, que quiere que haya en el mundo oasis en los que el amor haya sido liberado de la esclavitud del egoísmo. Las lecturas de la fiesta proponen algunos consejos para hacer santa la vida familiar: «revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga queja contra otro; como el Señor os ha perdonado, hacedlo así también vosotros»²¹. Se trata de

actitudes concretas para hacer realidad esa gran paradoja del Evangelio: que solo la renuncia y el sacrificio conducen al verdadero amor.

La octava de Navidad se cierra con la solemnidad de Santa María Madre de Dios. Esta fiesta empezó a celebrarse en Roma, posiblemente en relación con la dedicación de la iglesia de Santa María *ad martyres*, situada en el Pantheon. Esta celebración nos trae a la memoria que el Hijo de Dios es también Hijo de aquella que creyó en las promesas de Dios²², y que Él se ha hecho carne para redimirnos. Así, pocos días después festejamos el Nombre de Jesús, ese nombre en el que encontramos consuelo en nuestra oración, pues nos recuerda que el Niño que adoramos se llama Jesús porque nos salva de nuestros pecados²³.

La salvación para todos los hombres

Los últimos días del ciclo de Navidad conmemoran la fuerza expansiva de la Luz de Dios, que quiere reunir a todos los hombres en la gran familia de Dios. El rito romano conmemoraba antiguamente en la fiesta del Bautismo del Señor también la “manifestación” a los Magos de Oriente —primicias de los gentiles— y las bodas de Caná, primera manifestación de la gloria de Jesús a sus discípulos. Aunque la liturgia romana celebra hoy estas “epifanías” en días distintos, quedan algunos ecos de esa tradición que han conservado las liturgias orientales. Uno de ellos es una antífona del mismo 6 de enero: «Hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo, porque en el Jordán Cristo la purifica de sus pecados; los magos acuden con regalos a las bodas del Rey y los invitados se alegran por el agua convertida en vino»²⁴.

En la solemnidad de la Epifanía la Iglesia invita a seguir el ejemplo de los Magos, que perseveran en la búsqueda de la Verdad, no tienen miedo a preguntar cuando pierden la luz de la estrella y encuentran su propia grandeza adorando al Niño recién nacido. Como ellos, también nosotros queremos darle todo lo mejor, conscientes de que dar es propio de enamorados y que al Señor «no le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo

eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: dame, hijo mío, tu corazón (*Pr* 23, 26)»²⁵.

Festejar el Bautismo

La fiesta del Bautismo del Señor cierra el tiempo de Navidad. Nos invita contemplar a Jesús que se abaja para santificar las aguas, para que en el sacramento del Bautismo nos podamos unir a su Pascua: «Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia»²⁶. Por eso, como dice el papa Francisco, es natural que recordemos con alegría la fecha en que recibimos este sacramento: «Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido»²⁷. Así hacía San Josemaría, que cada 13 de enero recordaba con agradecimiento a sus padrinos y al mismo sacerdote que le había bautizado²⁸. En uno de sus últimos cumpleaños en la tierra, al salir del oratorio de Santa María de la Paz después de haber celebrado la Misa, se detuvo un momento ante la pila bautismal, la besó, y apostilló: «Me da mucha alegría besarla. Aquí me hicieron cristiano».

Cada tres años, en el primer domingo después del Bautismo del Señor se proclama el evangelio de las bodas de Caná. Al inicio del Tiempo Ordinario, se nos recuerda que la luz que resplandeció en Belén y en el Jordán no es un paréntesis en nuestra vida, sino una fuerza transformadora que quiere llegar a toda la sociedad a partir de su núcleo, las relaciones familiares. La transformación del agua en vino nos sugiere que las realidades humanas, incluido el trabajo de cada día bien hecho, se pueden transformar en algo divino. Jesús nos pide que llenemos las tinajas «usque ad summum»²⁹, que con la ayuda de su gracia colmemos hasta el borde nuestros esfuerzos, para que nuestra vida adquiera valor sobrenatural. En esta tarea de santificar la labor cotidiana encontramos de nuevo a Santa María: la misma que nos ha mostrado al Niño en Belén, nos dirige hacia el Maestro con aquel consejo seguro: «¡Haced lo que Él os diga!»³⁰.

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ Himno *Christe, redemptor omnium*, I Vísperas de Navidad.
- ² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 13.
- ³ *1 Jn* 1, 5.
- ⁴ Cfr. Misal Romano, Natividad del Señor, *Ad Missam in aurora*, Antífona de entrada (Cfr. *Is* 9, 2.6).
- ⁵ *St* 1, 17.
- ⁶ Símbolo Niceno–Constantinopolitano.
- ⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 503.
- ⁸ Himno *Veni, Redemptor Gentium*..
- ⁹ Cfr. *Hb* 1, 3.
- ¹⁰ Cfr. *Lc* 2,16.
- ¹¹ *Mt* 2, 11.
- ¹² *Lc* 2, 6–7.
- ¹³ *Jn* 1, 11.
- ¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 38.
- ¹⁵ *Sb* 18, 14–15.
- ¹⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 144.

- 17 Cfr. Misal Romano, Natividad del Señor, *Ad Missam in die*, Antífona de entrada (Cfr. *Is* 9, 6).
- 18 Concilio Vaticano II, Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 22.
- 19 *Ibidem.*
- 20 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1171.
- 21 *Col* 3, 12–13 (2ª lectura de la fiesta de la Sagrada Familia).
- 22 Cfr. *Lc* 1, 45.
- 23 *Mt* 1, 21.
- 24 *Antífona ad Benedictus, Laudes* del 6 de enero.
- 25 *Es Cristo que pasa*, n. 35.
- 26 Francisco, *Audiencia general*, 8–I–2014.
- 27 *Ibidem.*
- 28 Cfr. A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid 1997, pp. 14–15.
- 29 *Jn* 2, 7.
- 30 *Jn* 2, 5.

CUARESMA

El camino hacia la Pascua

La Cuaresma afina nuestra alma, y nos prepara para participar con intensidad en la Semana Santa: nos hace redescubrir la alegría de la salvación que Dios nos trae.

«Te rogamos, Señor, que nuestra vida sea conforme con las ofrendas que te presentamos y que inauguran el camino hacia la Pascua»¹: desde el primer domingo de Cuaresma la liturgia traza con decisión el carácter de los cuarenta días que empiezan el miércoles de ceniza. La Cuaresma es un compendio de nuestra vida, que es toda ella «un constante volver hacia la casa de nuestro Padre»². Es un camino hacia la Pascua, hacia la muerte y resurrección del Señor, que es el centro de gravedad de la historia del mundo, de cada mujer, de cada hombre: un volver al Amor eterno.

En el tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos despierta de nuevo a la necesidad de renovar nuestro corazón y nuestras obras, de modo que descubramos cada vez más esa centralidad del misterio pascual: se trata de que nos pongamos en las manos de Dios para «avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud»³.

«¡Qué capacidad tan extraña tiene el hombre para olvidarse de las cosas más maravillosas, para acostumbrarse al misterio! Consideremos de nuevo, en esta Cuaresma, que el cristiano no puede ser superficial. Estando plenamente metido en su trabajo ordinario (...) ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios»⁴. Por eso, es lógico que durante estos días consideremos en nuestra oración la necesidad de la conversión, de redirigir nuestros pasos hacia el Señor, y purificar nuestro corazón haciendo propios los sentimientos del salmista: «*Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum firmum innova*

in visceribus meis; Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva en mi interior un espíritu firme»⁵. Son palabras del salmo *Miserere*, que la Iglesia nos propone con frecuencia en este tiempo litúrgico, y que San Josemaría rezó tanto.

El camino de Israel por el desierto

La Cuaresma echa raíces profundas en varios episodios clave de la historia de la Salvación, que es también nuestra historia. Uno de ellos es la travesía del pueblo elegido por el desierto. Esos cuarenta años fueron para los israelitas un tiempo de prueba y de tentaciones. Yahveh les acompañaba de continuo y les iba haciendo entender que sólo debían apoyarse en Él: iba ablandando su duro corazón de piedra⁶. Fue además un tiempo de gracias constantes: aunque el pueblo sufría, era Dios quien les consolaba y les orientaba con la palabra de Moisés, les alimentaba con el maná y las codornices, les daba el agua en la Roca de Meribá⁷.

¡Qué cercanas nos resultan las palabras, llenas de ternura, con las que Dios hace recapacitar a los israelitas sobre el sentido de su larga travesía! «Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor»⁸. El Señor nos dirige también hoy estas palabras; a nosotros que, en el desierto de nuestra vida, ciertamente experimentamos la fatiga y problemas de cada día, aunque no nos faltan los cuidados paternales de Dios, a veces a través de la ayuda desinteresada de nuestros familiares, de amigos o incluso de personas de buena voluntad que permanecen anónimas. Con su pedagogía inefable, el Señor nos va metiendo en su corazón, que es la verdadera tierra prometida: «*Praebe, fili mi, cor tuum mihi...* Dame, hijo, tu corazón, y que tus ojos guarden mis caminos»⁹.

Muchos de los episodios del Éxodo eran sombra de realidades futuras. De hecho, no todos los que participaron en aquella primera peregrinación llegaron a entrar en la tierra prometida¹⁰. Por eso, la epístola a los Hebreos, citando el salmo 94, se duele de la rebeldía del pueblo y a la vez celebra la llegada de un nuevo éxodo: «Los primeros en recibir la buena nueva no entraron a causa de su desobediencia», y Dios «vuelve a fijar un día, hoy, cuando afirma por David al cabo de tanto tiempo (...): Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones»¹¹. Ese hoy es el inaugurado por Jesucristo. Con su Encarnación, su vida y su glorificación, el Señor nos conduce por el éxodo definitivo, en el que las promesas encuentran perfecto cumplimiento: nos hace sitio en el cielo; consigue «un tiempo de descanso para el pueblo de Dios. Porque quien entra en el descanso de Dios, descansa también él de sus trabajos»¹².

El camino de Cristo por el desierto

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma nos presenta a Jesús que, en solidaridad con nosotros, quiso ser tentado al final de los cuarenta días que pasó en el desierto. Ver su victoria sobre Satanás nos llena de esperanza, y nos hace saber que con Él podremos vencer también en las batallas de la vida interior. Nuestras tentaciones, entonces, ya no nos inquietan, sino que se convierten en ocasión para conocernos mejor y para fiarnos más de Dios. Descubrimos que el ideal de una vida acomodada es un espejismo de la auténtica felicidad y nos damos cuenta, con San Josemaría, de que «hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que *illum oportet crescere, me autem minui*, hace falta que El crezca y que yo disminuya (*Jn 3, 30*)»¹³.

La experiencia de nuestra fragilidad personal no acaba en el temor, sino en la petición humilde que pone en acto nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor: «Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de ti» podemos decir, con palabras que repitió con frecuencia san Josemaría¹⁴. Con Jesús, encontramos las fuerzas para rechazar

decididamente la tentación, sin ceder al diálogo: «Mirad bien cómo responde Jesús. Él no dialoga con Satanás, como había hecho Eva en el paraíso terrenal. Jesús (...) elige refugiarse en la Palabra de Dios y responde con la fuerza de esta Palabra. Acordémonos de esto: en el momento de la tentación, de nuestras tentaciones, nada de diálogo con Satanás, sino siempre defendidos por la Palabra de Dios. Y esto nos salvará»¹⁵.

El relato de la Transfiguración del Señor, que se proclama el segundo domingo de Cuaresma, nos reafirma en esta convicción de la certeza de la victoria, a pesar de nuestras limitaciones. También nosotros participaremos de su gloria, si nos sabemos unir a su Cruz en nuestra vida cotidiana. Para eso, hemos de alimentar nuestra fe, como aquellos personajes del Evangelio que cada tres años nos presenta la liturgia en los últimos domingos de Cuaresma: la samaritana, que supera el pecado para reconocer en Jesús al Mesías que calma, con el agua viva del Espíritu Santo, su sed de amor¹⁶; el ciego de nacimiento, que ve a Cristo como luz del mundo, venciendo la ignorancia, mientras los videntes del mundo se quedan ciegos¹⁷; Lázaro, cuya resurrección nos recuerda que Jesús ha venido a traernos una vida nueva¹⁸. Contemplando estos relatos como un personaje más, con la ayuda de los santos, encontraremos recursos para nuestra oración personal, y se fortificará la presencia de Dios más intensa que procuraremos mantener en estos días.

Nuestro camino penitencial como hijos

La oración colecta del tercer domingo de Cuaresma presenta el sentido penitencial de este tiempo: «Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados, mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas». Con la humildad de quien se reconoce pecador, pedimos con toda la Iglesia la intervención que esperamos de la misericordia de Dios Padre: una mirada amorosa sobre nuestra vida, y su perdón reparador.

La liturgia nos impulsa a asumir nuestra parte en el proceso de conversión, al invitarnos a la práctica de las tradicionales obras penitenciales. Estas manifiestan un cambio de actitud en nuestra relación con Dios (oración), con los demás (limosna) y con nosotros mismos (ayuno)¹⁹. Es el «espíritu de penitencia», del que hablaba San Josemaría, y del que proponía tantos ejemplos prácticos: «penitencia es el cumplimiento exacto del horario (...). Eres penitente cuando te sujetas amorosamente a tu plan de oración, a pesar de que estés rendido, desganado o frío. Penitencia es tratar siempre con la máxima caridad a los otros (...), soportar con buen humor las mil pequeñas contrariedades de la jornada (...); comer con agradecimiento lo que nos sirven, sin importunar con caprichos»²⁰.

Sabemos a la vez que de nada cuentan las acciones meramente externas sin la gracia de Dios; no es posible identificarnos con Cristo sin su ayuda: «*quia tibi sine te placere non possumus*, ya que sin tu ayuda no podemos complacerte»²¹. Apoyado en Él, procuramos realizar estas obras «en lo oculto», donde sólo ve nuestro Padre Dios²², rectificando con frecuencia la intención, y buscando de modo más claro la gloria de Dios y la salvación de todos. Escribe el apóstol Juan: «El que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve»²³. Son palabras que invitan a un examen profundo, porque no es posible separar ambos aspectos de la caridad. Si nos sabemos contemplados por Él, el sentido de nuestra filiación divina irá empapando la vida interior y el apostolado, con una contrición más confiada y filial, y con una entrega sincera a quienes nos rodean: familiares, colegas de trabajo, amigos.

El camino penitencial a través de los sacramentos

En nuestra lucha diaria contra el desorden del pecado, los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía son también unos momentos privilegiados. Es lógico que nuestra penitencia interior se perfeccione gracias a la celebración del sacramento de la Confesión. Mucho depende de las disposiciones del penitente, aunque el protagonismo es de Dios, que nos mueve a la conversión. A través de este sacramento

—verdadera obra maestra del Señor²⁴— percibimos su *buen hacer* con nuestra libertad caída. San Josemaría presentaba así el papel que nos corresponde a nosotros: «Aconsejo a todos que tengan como devoción (...) hacer muchos actos de contrición. Y una manifestación externa, práctica, de esa devoción es tener un cariño particular al Santo Sacramento de la Penitencia»²⁵, en el que «nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos»²⁶.

La Cuaresma es un momento estupendo para fomentar este «cariño particular» por la Confesión, viviéndola nosotros en primer lugar, y dándola a conocer a muchas personas.

Después de la absolución que el sacerdote da en el nombre de Dios, el Ritual propone, entre otras posibles, una bella oración de despedida del penitente: «La pasión de nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, el bien que hagas y el mal que puedas sufrir, te sirvan como remedio de tus pecados, aumento de gracia y premio de vida eterna. Vete en paz»²⁷. Es una antigua plegaria en la que el sacerdote pide a Dios que extienda el fruto del sacramento a toda la vida del penitente, recordando de qué fuente mana su eficacia: los méritos de la Víctima inocente y de todos los Santos.

Como le sucedió al hijo menor de la parábola, tras el abrazo de nuestro Padre Dios somos admitidos al banquete²⁸. ¡Qué alegría participar bien limpios en la Eucaristía! «Ama mucho al Señor. Custodia en tu alma, y foméntala, esta urgencia de quererle. Ama a Dios, precisamente ahora, cuando quizá bastantes de los que le tienen en sus manos no le quieren, le maltratan y le descuidan. ¡Trátame muy bien al Señor, en la Santa Misa y durante la jornada entera!»²⁹.

A través de la liturgia, la Iglesia nos invita a recorrer con garbo el camino de la Cuaresma. La celebración frecuente de los sacramentos, la meditación asidua de la Palabra de Dios y las obras penitenciales, sin que falte esa alegría —*Laetare Ierusalem!*— que subraya especialmente el cuarto domingo³⁰, son prácticas que afinan nuestra alma, y nos preparan para participar con intensidad en la Semana Santa, cuando reviviremos los momentos cumbre de la existencia de Jesús en la tierra.

«Hemos de hacer vida nuestra la vida y la muerte de Cristo. Morir por la mortificación y la penitencia, para que Cristo viva en nosotros por el Amor. Y seguir entonces los pasos de Cristo, con afán de corredimir a todas las almas»³¹. Contemplando al Señor que da la vida por nosotros, bien purificados de nuestros pecados, redescubriremos la alegría de la salvación que Dios nos trae: «*Redde mihi laetitiam salutaris tui, devuélveme el gozo de tu salvación*»³².

ALFONSO BERLANGA

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ *Misal Romano*, Domingo I de Cuaresma, oración sobre las ofrendas.
- ² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 64.
- ³ *Misal Romano*, Domingo I de Cuaresma, colecta.
- ⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 65.
- ⁵ *Sal* 50 (51), 12.
- ⁶ Cfr. *Dt* 8, 2–5.
- ⁷ Cfr. *Ex* 15, 22 – 17, 7.
- ⁸ *Dt* 8, 2–3.
- ⁹ *Pr* 23, 26.
- ¹⁰ Cfr. *Nm* 14, 20 ss.
- ¹¹ *Hb* 4, 6–7. Cfr. *Sal* 94 (95), 7–8.
- ¹² *Hb* 4, 9–10.

- 13 *Es Cristo que pasa*, n. 58.
- 14 Notas de una reunión familiar, 18-X-1972 (citado en A. Sastre *Tiempo de Caminar*, Rialp, Madrid 1989, p. 353).
- 15 Francisco, *Angelus*, 9-III-2014.
- 16 *Jn 4*, 5-42 (*Leccionario*, tercer domingo de Cuaresma, ciclo A).
- 17 *Jn 9*, 1-41 (*Ibidem*, cuarto domingo de Cuaresma, ciclo A).
- 18 *Jn 11*, 1-45 (*Ibidem*, quinto domingo de Cuaresma, ciclo A).
- 19 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1434.
- 20 San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 138.
- 21 *Misal Romano*, Sábado de la IV Semana de Cuaresma, Colecta.
- 22 Cfr. *Mt 6*, 6.
- 23 *1 Jn 4*, 20.
- 24 Cfr. *Catecismo de la Iglesia*, n. 1116.
- 25 Apuntes de la predicación, 26-IV-1970 (citado en J. López y E. Burkhart, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, Rialp, Madrid 2013, vol. III, p. 377).
- 26 San Josemaría, *Camino*, n. 310.
- 27 *Ritual de la Penitencia*, n. 104.
- 28 Cfr. *Lc 15*, 22-24.
- 29 San Josemaría, *Forja*, n. 438.
- 30 *Misal Romano*, IV Domingo de Cuaresma, antífona de entrada (cfr. *Is 66*, 10).
- 31 San Josemaría, *Via Crucis*, XIV estación.
- 32 *Sal 50* (51), 14.

SEMANA SANTA

Nos amó hasta el fin

La Semana Santa es el centro del año litúrgico: revivimos en estos días los momentos decisivos de nuestra redención. La Iglesia nos lleva de la mano, con su sabiduría y su creatividad, del Domingo de Ramos a la Cruz y a la Resurrección.

En el corazón del año litúrgico late el Misterio pascual, el Triduo del Señor crucificado, muerto y resucitado. Toda la historia de la salvación gira en torno a estos días santos, que pasaron desapercibidos para la mayor parte de los hombres, y que ahora la Iglesia celebra «desde donde sale el sol hasta el ocaso»¹. Todo el año litúrgico, compendio de la historia de Dios con los hombres, surge de la *memoria* que la Iglesia conserva de la *hora* de Jesús: cuando, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»².

La Iglesia despliega en estos días su sabiduría maternal para meternos en los momentos decisivos de nuestra redención: a poco que no ofrezcamos resistencia, nos vemos arrastrados por el recogimiento con que la liturgia de la Semana Santa nos introduce en la Pasión; la unción con la que nos mueve a velar junto al Señor; el estallido de gozo que mana de la Vigilia de la Resurrección. Muchos de los ritos que vivimos estos días echan sus raíces en muy antiguas tradiciones; su fuerza está aquilatada por la piedad de los cristianos y por la fe de los santos de dos milenios.

El Domingo de Ramos

El Domingo de Ramos es como el pórtico que precede y dispone al Triduo pascual: «este umbral de la Semana Santa, tan próximo ya el

momento en el que se consumó sobre el Calvario la Redención de la humanidad entera, me parece un tiempo particularmente apropiado para que tú y yo consideremos por qué caminos nos ha salvado Jesús Señor Nuestro; para que contemplemos ese amor suyo —verdaderamente inefable— a unas pobres criaturas, formadas con barro de la tierra»³.

Cuando los primeros fieles escuchaban la proclamación litúrgica de los relatos evangélicos de la Pasión y la homilía que pronunciaba el obispo, se sabían en una situación bien distinta de la de quien asiste a una mera representación: «para sus corazones piadosos, no había diferencia entre escuchar lo que se había proclamado y ver lo que había sucedido»⁴. En los relatos de la Pasión, la entrada de Jesús en Jerusalén es como la presentación oficial que el Señor hace de sí mismo como el Mesías deseado y esperado, fuera del cual no hay salvación. Su gesto es el del Rey salvador que viene a su casa. De entre los suyos, unos no lo recibieron, pero otros sí, aclamándole como el *Bendito* que viene en nombre del Señor⁵.

El Señor, siempre presente y operante en la Iglesia, actualiza en la liturgia, año tras año, esta solemne entrada en el «Domingo de Ramos en la Pasión del Señor», como lo llama el Misal. Su mismo nombre insinúa una duplicidad de elementos: triunfales unos, dolorosos otros. «En este día —se lee en la rúbrica— la Iglesia recuerda la entrada de Cristo, el Señor, en Jerusalén para consumir su Misterio pascual»⁶. Su llegada está rodeada de aclamaciones y vítores de júbilo, aunque las muchedumbres no saben entonces hacia dónde se dirige realmente Jesús, y se toparán con el escándalo de la Cruz. Nosotros, sin embargo, en el tiempo de la Iglesia, sí que sabemos cuál es la dirección de los pasos del Señor: Él entra en Jerusalén «para consumir su misterio pascual». Por eso, para el cristiano que aclama a Jesús como Mesías en la procesión del domingo de Ramos, no es una sorpresa encontrarse, sin solución de continuidad, con la vertiente dolorosa de los padecimientos del Señor.

Es ilustrativo el modo en que la liturgia nos traduce este juego de tinieblas y de luz en el designio divino: el Domingo de Ramos no reúne

dos celebraciones cerradas, yuxtapuestas. El rito de entrada de la Misa no es otro que la procesión misma, y esta desemboca directamente en la colecta de la Misa. «Dios todopoderoso y eterno, tú quisiste —nos dirigimos al Padre— que nuestro Salvador se hiciese hombre y muriese en la cruz»⁷: aquí todo habla ya de lo que va a suceder en los días siguientes.

El Jueves Santo

El Triduo pascual comienza con la Misa vespertina de la Cena del Señor. El Jueves Santo se encuentra entre la Cuaresma que termina y el Triduo que comienza. El hilo conductor de toda la celebración de este día, la luz que lo envuelve todo, es el Misterio pascual de Cristo, el corazón mismo del acontecimiento que se actualiza en los signos sacramentales.

La acción sagrada se centra en aquella Cena en que Jesús, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el testamento de su amor, el Sacrificio de la Alianza eterna⁸.

«Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz»⁹. La liturgia nos introduce de un modo vivo y actual en ese misterio de la entrega de Jesús por nuestra salvación. «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente»¹⁰. El *fiat* del Señor que da origen a nuestra salvación se hace presente en la celebración de la Iglesia; por eso la Colecta no vacila en incluirnos, en presente, en la Última Cena: «*Sacratissimam, Deus, frequentantibus Cenam...*», dice el latín, con su habitual capacidad de síntesis; «nos has convocado hoy para celebrar aquella misma memorable Cena»¹¹.

Este es «el día santo en que nuestro Señor Jesucristo fue entregado por nosotros»¹². Las palabras de Jesús, «me voy, y vuelvo a vosotros y os conviene que me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a

vosotros»¹³ nos introducen en el misterioso vaivén entre ausencia y presencia del Señor que preside todo el Triduo pascual y, desde él, toda la vida de la Iglesia. Por eso, ni el Jueves Santo, ni los días que lo siguen, son sin más jornadas de tristeza o de luto: ver así el Triduo sacro equivaldría a retroceder a la situación de los discípulos, anterior a la Resurrección. «La alegría del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas»¹⁴. Para perpetuar en el mundo este cariño infinito que se concentra en su Pascua, en su tránsito de este mundo al Padre, Jesús se nos entrega del todo, con su Cuerpo y su Sangre, en un nuevo memorial: el pan y el vino, que se convierten en «pan de vida» y «bebida de salvación»¹⁵. El Señor ordena que, en adelante, se haga lo mismo que acaba de hacer, en conmemoración suya¹⁶, y nace así la Pascua de la Iglesia, la Eucaristía.

Hay dos momentos de la celebración que resultan muy elocuentes, si los vemos en su mutua relación: el lavatorio de los pies y la reserva del Santísimo Sacramento. El lavatorio de los pies a los Doce anuncia, pocas horas antes de la crucifixión, el amor más grande: «el de dar uno la vida por sus amigos»¹⁷. La liturgia revive este gesto, que desarmó a los apóstoles, en la proclamación del Evangelio y en la posibilidad de realizar la ablución de los pies de algunos fieles. Al concluir la Misa, la procesión para la reserva del Santísimo Sacramento y la adoración de los fieles revela la respuesta amorosa de la Iglesia a aquel inclinarse humilde del Señor sobre los pies de los Apóstoles. Ese tiempo de oración silenciosa, que se adentra en la noche, invita a recordar la oración sacerdotal de Jesús en el Cenáculo¹⁸.

El Viernes Santo

La liturgia del Viernes Santo comienza con la postración de los sacerdotes, en lugar del acostumbrado beso inicial. Es un gesto de especial veneración al altar, que se halla desnudo, exento de todo, evocando al Crucificado en la hora de la Pasión. Rompe el silencio una tierna oración en que el celebrante apela a las misericordias de Dios —«Reminiscere miserationum tuarum, Domine»— y pide al Padre la

protección eterna que el Hijo nos ha ganado con su sangre, es decir, dando su vida por nosotros¹⁹.

Una antigua tradición reserva para este día la proclamación de la Pasión según san Juan como momento culminante de la liturgia de la Palabra. En este relato evangélico se alza la impresionante majestad de Cristo que «se entrega a la muerte con la plena libertad del Amor»²⁰. El Señor responde con valentía a los que vienen a prenderle: «cuando les dijo “Yo soy”, se echaron hacia atrás y cayeron en tierra»²¹. Más adelante le oímos responder a Pilato: «mi reino no es de este mundo»²², y por eso su guardia no lucha para liberarle. «*Consummatum est*»²³: el Señor apura hasta el final la fidelidad a su Padre, y así vence al mundo²⁴.

Tras la proclamación de la Pasión y la oración universal, la liturgia dirige su atención hacia el *Lignum Crucis*, el árbol de la Cruz: el glorioso instrumento de la redención humana. La adoración de la santa Cruz es un gesto de fe y una proclamación de la victoria de Jesús sobre el demonio, el pecado y la muerte. Con Él, vencemos nosotros los cristianos, porque «esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe»²⁵.

La Iglesia envuelve a la Cruz de honor y reverencia: el obispo se acerca a besarla sin casulla y sin anillo²⁶; tras él, sigue la adoración de los fieles, mientras los cantos celebran su carácter victorioso: «adoramos tu Cruz, Señor, y alabamos y glorificamos tu santa Resurrección. Por el madero ha venido la alegría al mundo»²⁷ Es una misteriosa conjunción de muerte y de vida en la que Dios quiere que nos sumerjamos: «unas veces renovamos el gozoso impulso que llevó al Señor a Jerusalén. Otras, el dolor de la agonía que concluyó en el Calvario... O la gloria de su triunfo sobre la muerte y el pecado. Pero, ¡siempre!, el amor —gozoso, doloroso, glorioso— del Corazón de Jesucristo»²⁸.

El Sábado santo y la Vigilia pascual

Un texto anónimo de la antigüedad cristiana recoge, como condensado, el misterio que la Iglesia conmemora el Sábado Santo: el descenso de Cristo a los infiernos. «¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo»²⁹. Como vemos descansar a Dios en el Génesis al final de su obra creadora, el Señor descansa ahora de su fatiga redentora. Y es que la Pascua, que está por despuntar definitivamente en el mundo, es «la fiesta de la nueva creación»³⁰: al Señor le ha costado la vida devolvernos a la Vida.

«Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver»³¹: así decía el Señor a los Apóstoles en la víspera de su Pasión. Mientras esperamos su regreso, meditamos en su descenso a las tinieblas de la muerte, en las que estaban todavía sumergidos aquellos justos de la antigua Alianza Cristo, portando en su mano el signo liberador de la Cruz, pone fin a su sueño y los introduce en la luz del nuevo Reino: «Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo»³². Desde las abadías carolingias del siglo VIII, se propagará por Europa la conmemoración de este gran Sábado: el día de la espera de la Resurrección, intensamente vivida por la Madre de Jesús, de donde proviene la devoción de la Iglesia a santa María los sábados; ahora, más que nunca, Ella es la *stella matutina*³³, la estrella de la mañana que anuncia la llegada del Señor: el *Lucifer matutinus*³⁴, el sol que viene de lo alto, *oriens ex alto*³⁵.

En la noche de este gran Sábado, la Iglesia se reúne en la más solemne de sus vigiliias para celebrar la Resurrección del Esposo, incluso hasta las primeras horas del alba. Esta celebración es el núcleo fundamental de la liturgia cristiana a lo largo de todo el año. Una gran variedad de elementos simbólicos expresan el paso de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida nueva en la Resurrección del Señor: el fuego, el cirio, el agua, el incienso, la música y las campanas...

La luz del cirio es signo de Cristo, luz del mundo, que irradia y lo inunda todo; el fuego es el Espíritu Santo, encendido por Cristo en los

corazones de los fieles; el agua significa el paso hacia la vida nueva en Cristo, fuente de vida; el *alleluia* pascual es el himno de los peregrinos en camino hacia la Jerusalén del cielo; el pan y del vino de la Eucaristía son prenda del banquete escatológico con el Resucitado. Mientras participamos en la Vigilia pascual, reconocemos con la mirada de la fe que la asamblea santa es la comunidad del Resucitado; que el tiempo es un tiempo nuevo, abierto al *hoy* definitivo de Cristo glorioso: «*haec est dies, quam fecit Dominus*»³⁶, este es el día nuevo que ha inaugurado el Señor, el día «que no conoce ocaso»³⁷.

FELIX MARÍA AROCENA

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ *Misal Romano*, Plegaria Eucarística III.
- ² *Jn* 13, 1.
- ³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 110.
- ⁴ San León Magno, *Sermo de Passione Domini* 52, 1 (CCL 138, 307).
- ⁵ Cfr. *Mt* 21, 9.
- ⁶ *Misal Romano*, Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, n. 1.
- ⁷ *Misal Romano*, Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, Colecta.
- ⁸ Cfr. *Misal Romano*, Misa vespertina de la Cena del Señor, Jueves Santo, Colecta.
- ⁹ Francisco, Bula *Misericordiae Vultus*, 11–IV–2015, n. 7.
- ¹⁰ *Jn* 10, 17–18.

- 11 *Misal Romano*, Misa vespertina de la Cena del Señor, Jueves Santo, Colecta.
- 12 *Misal Romano*, Misa vespertina de la Cena del Señor, Jueves Santo, *Communicantes* propio.
- 13 *Jn* 14, 28; *Jn* 16, 7.
- 14 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 84.
- 15 *Misal Romano*, ofertorio.
- 16 Cfr. *1 Cor* 11, 23–25.
- 17 Cfr. *Jn* 15, 13.
- 18 Cfr. *Jn* 17.
- 19 Cfr. *Misal Romano*, Celebración de la Pasión del Señor, Viernes Santo, oración inicial.
- 20 San Josemaría, *Via Crucis*, X estación.
- 21 *Jn* 18, 6.
- 22 *Jn* 18, 36.
- 23 *Jn* 19, 30.
- 24 Cfr. *Jn* 16, 33.
- 25 *1 Jn* 5, 4.
- 26 Cfr. *Ceremonial de los obispos*, nn. 315. 322.
- 27 *Misal Romano*, Celebración de la Pasión del Señor, Viernes Santo, n. 20.
- 28 San Josemaría, *Via Crucis*, 14, 3.
- 29 *Homilía sobre el grande y santo Sábado* (PG 43, 439).
- 30 Benedicto XVI, *Homilía en la Vigilia Pascual*, 7–IV–2012.
- 31 *Jn* 16, 16.

- ³² *Homilía sobre el grande y santo Sábado* (PG 43, 462).
- ³³ Letanía Lauretana (cfr. *Si* 50, 6).
- ³⁴ *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Pregón Pascual.
- ³⁵ Liturgia de las Horas, Himno *Benedictus* (*Lc* 1, 78).
- ³⁶ *Sal* 117 (118), 24.
- ³⁷ Cfr. *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Pregón Pascual.

PASCUA

He resucitado y aún estoy contigo

El tiempo de Pascua, estallido de alegría, se extiende desde la vigilia Pascual hasta el domingo de Pentecostés. En estos cincuenta días la Iglesia nos envuelve en su alegría por la victoria del Señor sobre la muerte. Cristo vive, y viene a nuestro encuentro.

«Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, aleluya»¹. El tiempo pascual es un anticipo de la felicidad que Jesucristo nos ha ganado con su victoria sobre la muerte. El Señor «fue entregado por nuestros pecados» y resucitó «para nuestra justificación»²: para que, permaneciendo en Él, nuestra alegría sea completa³.

En el conjunto del Año litúrgico, el tiempo pascual es el “tiempo fuerte” por antonomasia, porque el mensaje cristiano es anuncio alegre que surge con fuerza de la salvación obrada por el Señor en su “pascua”, su tránsito de la muerte a la vida nueva. «El tiempo pascual es tiempo de alegría, de una alegría que no se limita a esa época del año litúrgico, sino que se asienta en todo momento en el corazón del cristiano. Porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos»⁴.

Lo que sólo «unos pocos testigos elegidos de antemano por Dios»⁵ pudieron experimentar en las apariciones del Resucitado, ahora se nos da en la liturgia, que nos hace revivir esos misterios. Como predicaba el Papa san León Magno, «todas las cosas relativas a nuestro Redentor que antes eran visibles, ahora han pasado a ser ritos sacramentales»⁶. Es expresiva la costumbre de los cristianos de Oriente que, conscientes de

esta realidad, desde la mañana del domingo de Resurrección intercambian el beso pascual: «*Christos anestē*», Cristo ha resucitado; «*alethōs anestē*», verdaderamente ha resucitado.

La liturgia latina, que en la noche santa del sábado volcaba su alegría en el *Exultet*, en el domingo de Pascua la condensa en el hermoso introito *Resurrexi*: «he resucitado y aún estoy contigo, has puesto tu mano sobre mí; tu sabiduría ha sido maravillosa»⁷. Ponemos en labios del Señor, delicadamente, en términos de cálida oración filial al Padre, la experiencia inefable de la resurrección, vivida por Él en las primeras luces del domingo. Así nos animaba San Josemaría en su predicación a acercarnos a Cristo, sabiéndonos sus contemporáneos: «he querido recordar, aunque fuera brevemente, algunos de los aspectos de ese vivir actual de Cristo –*Iesus Christus heri et hodie; ipse et in sæcula*–, porque ahí está el fundamento de toda la vida cristiana»⁸. El Señor quiere que le tratemos y hablemos de Él no en pasado, como se hace con un recuerdo, sino percibiendo su “hoy”, su actualidad, su viva compañía.

La Cincuentena pascual

Mucho antes de que existiera la Cuaresma y los otros tiempos litúrgicos, la comunidad cristiana celebraba ya esta cincuentena de alegría. Quien durante estos días no expresara su júbilo era considerado como alguien que no había captado el núcleo de la fe, porque «con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»⁹. Esta fiesta, tan prolongada, nos sugiere hasta qué punto «los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros»¹⁰. En este tiempo, la Iglesia vive ya el gozo que el Señor le depara: algo que «ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre»¹¹.

Este sentido escatológico, de anticipo del cielo, se refleja desde hace siglos en la praxis litúrgica de suprimir las lecturas del Antiguo Testamento durante el tiempo pascual. Si toda la Antigua Alianza es preparación, la Cincuentena pascual celebra, en cambio, la realidad del reino de Dios ya presente. En la Pascua todo ha sido renovado, y no cabe figura allí donde todo es cumplimiento. Por eso, en el tiempo pascual la

liturgia proclama, junto al cuarto Evangelio, los Hechos de los Apóstoles y el libro del Apocalipsis: libros luminosos que tienen una especial afinidad con la espiritualidad de este tiempo.

Los escritores del Oriente y del Occidente cristianos contemplaron el conjunto de la Cincuentena pascual como un único y extenso día de fiesta. Por eso, los domingos de este tiempo no se llaman segundo, tercero, cuarto... *después de Pascua*, sino, sencillamente, domingos *de Pascua*. Todo el tiempo pascual es como un solo gran domingo; el domingo que hizo domingos a todos los domingos. Del mismo modo se comprende el domingo de Pentecostés, que no es una nueva fiesta, sino el día conclusivo de la gran fiesta de la Pascua.

Cuando llegaba la Cuaresma algunos himnos de la tradición litúrgica de la Iglesia recitaban el *aleluya* con un tono de despedida. En contraste, la liturgia pascual se recrea en este canto, porque el aleluya es avance del *cántico nuevo* que entonarán en el cielo los bautizados¹², que ya ahora se saben resucitados con Cristo. Por eso, durante el tiempo pascual, tanto el estribillo del salmo responsorial como el final de las antífonas de la Misa repiten frecuentemente esta aclamación, que une el imperativo del verbo hebreo *hallal* —alabar— y *Yahveh*, el nombre de Dios.

«¡Feliz aquel *aleluya* que allí entonaremos! —dice san Agustín en una homilía— Será un *aleluya* seguro y sin temor, porque allí no habrá ningún enemigo, no se perderá ningún amigo. Allí, como ahora aquí, resonarán las alabanzas divinas; pero las de aquí proceden de los que están aún en dificultades, las de allá de los que ya están en seguridad; aquí de los que han de morir, allá de los que han de vivir para siempre; aquí de los que esperan, allá de los que ya poseen; aquí de los que están todavía en camino, allá de los que ya han llegado a la patria»¹³. San Jerónimo escribe que, durante los primeros siglos en Palestina, ese grito se había hecho tan habitual que quienes araban los campos decían de cuando en cuando: *ialeluya!* Y los que remaban en las barcas para trasladar a los viajeros de una a otra orilla de un río, cuando se cruzaban, exclamaban: *ialeluya!* «Un júbilo profundo y sereno embarga a la Iglesia en estas semanas del tiempo pascual; es el que nuestro

Señor ha querido dejar en herencia a todos los cristianos (...); un contento lleno de contenido sobrenatural, que nada ni nadie nos podrá quitar, si nosotros no lo permitimos»¹⁴.

La octava de Pascua

«Los ocho primeros días del tiempo pascual constituyen la “octava de Pascua”, y se celebran como solemnidades del Señor»¹⁵. Antiguamente, durante esta octava el obispo de Roma celebraba las *stationes* como un modo de introducir a los neófitos en el triunfo de aquellos santos especialmente significativos para la vida cristiana de la Urbe. Era una cierta “geografía de la fe”, en la que la Roma cristiana aparecía como una reconstrucción de la Jerusalén del Señor. Se visitaban varias basílicas romanas: la vigilia de Pascua la *statio* tenía lugar en San Juan de Letrán; el domingo en Santa María Mayor; el lunes en San Pedro del Vaticano; el martes en San Pablo Extramuros; el miércoles en San Lorenzo Extramuros; el jueves en la basílica de los Santos Apóstoles; el viernes en Santa María *ad martyres*; y el sábado, de nuevo, en San Juan de Letrán.

Las lecturas de esos días guardaban relación con el lugar de la celebración. Así, por ejemplo el miércoles la *statio* se celebraba en la basílica de San Lorenzo Extramuros. Allí el evangelio que se proclamaba era el pasaje de las brasas encendidas¹⁶, en clara alusión a la tradición popular romana, que relata cómo el diácono Lorenzo fue martirizado sobre una parrilla. El sábado de la octava era el día en que los neófitos deponían el alba con la que se habían revestido en su bautismo durante la vigilia pascual. La primera lectura era por eso la exhortación de Pedro que comienza con las palabras «*deponentes igitur omnem malitiam...*»¹⁷: habiéndoos despojado de toda malicia...

Los Padres de la Iglesia hablaban con frecuencia del domingo como “octavo día”. Situado más allá de la sucesión septenaria de los días, el domingo evoca el inicio del tiempo y su final en el siglo futuro¹⁸. Por eso, los antiguos baptisterios, como el de san Juan de Letrán, tenían forma octogonal; los catecúmenos salían de la fuente bautismal para iniciar su vida nueva, abierta ya al octavo día, al domingo que no acaba.

Cada domingo nos recuerda así que nuestra vida transcurre dentro del tiempo de la Resurrección.

Ascensión y Pentecostés

«Con su ascensión, el Señor resucitado atrae la mirada de los Apóstoles y también nuestra mirada a las alturas del cielo para mostrarnos que la meta de nuestro camino es el Padre»¹⁹ Empieza el tiempo de una presencia nueva del Señor: parece que está más escondido, pero en cierto modo está más cerca de nosotros; empieza el tiempo de la liturgia, que es toda ella una gran oración al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo; una oración «en cauce manso y ancho»²⁰.

Jesús desaparece de la vista de los apóstoles, que quizá se quedan taciturnos al principio. «No sabemos si en aquel momento se dieron cuenta de que precisamente ante ellos se estaba abriendo un horizonte magnífico, infinito, el punto de llegada definitivo de la peregrinación terrena del hombre. Tal vez lo comprendieron solamente el día de Pentecostés, iluminados por el Espíritu Santo»²¹.

«Dios todopoderoso y eterno, que has querido incluir el sacramento de la Pascua en el misterio de los cincuenta días...»²². La Iglesia nos enseña a reconocer en esta cifra el lenguaje expresivo de la revelación El número cincuenta tenía dos cadencias importantes en la vida religiosa de Israel: la fiesta de Pentecostés, siete semanas después de comenzar a meter la hoz en el trigo; y la fiesta del jubileo que declaraba santo el año cincuenta: un año dedicado a Dios en el que cada uno recobraba su propiedad, y cada cual podía regresar a su familia²³. En el tiempo de la Iglesia, el «sacramento de la Pascua» incluye los cincuenta días después de la Resurrección del Señor, hasta la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Si, con el lenguaje de la liturgia, la Cuaresma significa la conversión a Dios con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, la Pascua significa nuestra vida nueva de “con-resucitados” con Cristo. «*Igitur, si consurrexistis Christo, quæ sursum sunt quærite*: así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios»²⁴.

Al cumplirse estos cincuenta días, «llegamos al culmen de los bienes y a la metrópolis de todas las fiestas»²⁵, pues, inseparable de la Pascua, es como la “Madre de todas las fiestas”. «Sumad —decía Tertuliano a los paganos de su tiempo— todas vuestras fiestas y no llegaréis a la cincuentena de Pentecostés»²⁶. Pentecostés es, pues, un domingo conclusivo, de plenitud. En esta Solemnidad vivimos con admiración cómo Dios, a través del don de la liturgia, actualiza la donación del Espíritu que tuvo lugar en los albores de la Iglesia naciente.

Si en la Ascensión Jesús «fue elevado al cielo para hacernos compartir su divinidad»²⁷, ahora, en el día de Pentecostés, el Señor, sentado a la derecha del Padre, comunica su vida divina a la Iglesia mediante la infusión del Paráclito, «fruto de la Cruz»²⁸. San Josemaría vivía y nos animaba a vivir con este sentido de presente perenne: «Ayúdame a pedir una nueva Pentecostés, que abraza otra vez la tierra»²⁹.

Se comprende también por eso que San Josemaría quisiera comenzar algunos medios de formación de la Obra rezando una oración tradicional en la Iglesia que se encuentra, por ejemplo, en la Misa votiva del Espíritu Santo: «*Deus, qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de eius semper consolatione gaudere*»³⁰. Con palabras de la liturgia, imploramos a Dios Padre que el Espíritu Santo nos haga capaces de apreciar, de *saborear*, el sentido de las cosas de Dios; y pedimos también disfrutar del consuelo alentador del «Gran Desconocido»³¹. Porque «el mundo tiene necesidad del valor, de la esperanza, de la fe y de la perseverancia de los discípulos de Cristo. El mundo necesita los frutos, los dones del Espíritu Santo, como enumera san Pablo: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí” (Ga 5, 22). El don del Espíritu Santo ha sido dado en abundancia a la Iglesia y a cada uno de nosotros, para que podamos vivir con fe genuina y caridad operante, para que podamos difundir la semilla de la reconciliación y de la paz»³².

Notas

- ¹ *Misal Romano*, Miércoles de la Octava de Pascua, Antífona de entrada. Cfr. *Mt* 25, 34.
- ² *Rm* 4, 25.
- ³ Cfr. *Jn* 15, 9–11.
- ⁴ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 102.
- ⁵ *Hch* 10, 41.
- ⁶ San León Magno, *Sermo* 74, 2 (PL 54, 398).
- ⁷ *Misal Romano*, Domingo de Resurrección, Antífona de entrada. Cfr. Sal 138 (139), 18.5–6.
- ⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 104. Cfr. *Hb* 13, 8.
- ⁹ Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24–XI–2013, n. 1.
- ¹⁰ *Rm* 8, 18.
- ¹¹ *1 Co* 2, 9.
- ¹² Cfr. *Ap* 5,9.
- ¹³ San Agustín, *Sermo* 256, 3 (PL 38, 1193).
- ¹⁴ Beato Álvaro, *Caminar con Jesús*, Cristiandad: Madrid, 2014, 197.
- ¹⁵ *Misal Romano*, Normas universales del año litúrgico, 24.
- ¹⁶ *Jn* 21, 9.
- ¹⁷ *1 P* 2, 1.

- 18 Cfr. San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 26.
- 19 Francisco, *Regina Coeli*, 1-VI-2014.
- 20 *Camino*, 145.
- 21 Benedicto XVI, *Homilía*, 28-V-2006.
- 22 *Misal Romano*, Vigilia del Domingo de Pentecostés, colecta.
- 23 Cfr. *Lv* 23, 15-22; *Nm* 28, 26-31; *Lv* 25, 1-22.
- 24 *Col* 3, 1.
- 25 San Juan Crisóstomo, *Homilía II de Sancta Pentecoste* (PG 50, 463).
- 26 Tertuliano, *De idolatria* 14 (PL 1, 683).
- 27 *Misal Romano*, Ascensión del Señor, prefacio.
- 28 *Es Cristo que pasa*, n. 96.
- 29 San Josemaría, *Surco*, n. 213.
- 30 *Misal Romano*, Misa votiva del Espíritu Santo, colecta.
- 31 Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 127-138.
- 32 Francisco, *Homilía en la Solemnidad de Pentecostés*, 24-V-2015.

TIEMPO ORDINARIO

El domingo, día del Señor y alegría de los cristianos

"¡No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo!". Este consejo de san Juan Pablo II se refiere principalmente al domingo, día de descanso en familia y día de adoración a Dios. Nuevo editorial de la serie sobre el año litúrgico.

El domingo es un día especial de la semana. Nos saca de la rutina de las jornadas, que a veces nos pueden resultar tan parecidas. Durante el domingo podemos realizar actividades muy diversas. Sin embargo, hay algo decisivo en este día, que es un don del Señor, para poder tratarle, para celebrar con Él su resurrección, el acontecimiento que nos ha introducido en una vida nueva. San Juan Pablo II nos invitó a redescubrir el domingo como un tiempo especial para Dios: «¡No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo! Sí, abramos nuestro tiempo a Cristo para que él lo pueda iluminar y dirigir. Él es quien conoce el secreto del tiempo y el secreto de la eternidad, y nos entrega “su día” como un don siempre nuevo de su amor»¹.

Con razón se puede llamar a esta jornada la «pascua de la semana»²: su celebración da relieve a los seis días restantes. El domingo es «el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico»³; de ahí la insistencia de los Romanos Pontífices en cuidar su celebración: «todos los domingos vamos a Misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros»⁴.

Santificado por la Eucaristía

Desde el inicio del cristianismo, el domingo reviste un significado especial: «La Iglesia, por una tradición apostólica, que tiene su origen

en el mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo»⁵. Es un día en el que el Señor habla especialmente a su Pueblo: «Caí en éxtasis un domingo y oí detrás de mí una gran voz»⁶, dice el vidente del Apocalipsis. Es una jornada en la que los cristianos se reúnen «para la fracción del pan»⁷, según recoge el libro de los Hechos, refiriéndose a la comunidad de Tróade. Celebrando juntos la Eucaristía, los creyentes se unían a la Pasión salvadora de Cristo, y cumplían aquel mandato de conservar este memorial, que entregarían a las generaciones sucesivas de cristianos como un tesoro: «*Ego enim accepi a Domino, quod et tradidi vobis..Yo recibí del Señor lo que también os transmití*», decía san Pablo a los de Corinto: «cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga»⁸.

La carta apologética de San Justino mártir al emperador romano, a mediados del siglo II, nos muestra la perspectiva amplia que el domingo fue adquiriendo en la conciencia de la Iglesia: «Nos reunimos todos el día del sol porque es el primer día, en que Dios, sacando la materia de las tinieblas, creó el mundo; ese mismo día, Jesucristo nuestro Salvador resucitó de entre los muertos»⁹. Estas dos grandes obras divinas forman como un único retablo en el que Cristo resucitado ocupa el lugar central, pues Él es el principio de la renovación de todas las cosas. Por eso, la Iglesia pide a Dios en la Vigilia pascual que «todo el mundo experimente y vea cómo lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede»¹⁰.

La celebración del domingo tiene un tono festivo, porque Jesucristo ha vencido al pecado, y quiere vencer en nosotros al pecado, romper las cadenas que nos alejan de Él, que nos encierran en el egoísmo y la soledad. Así, nos unimos a la exclamación jubilosa que la Iglesia propone para este día en la Liturgia de las horas: «*Hæc est dies, quam fecit Dominus: exsulemus et lætemur in ea*»¹¹: ¡Este es el día que hizo el Señor, exultemos y gocémonos en él! Experimentamos el gozo de sabernos, por el bautismo, miembros de Cristo, que nos une en su

glorificación al Padre, presentándole nuestras peticiones, nuestra contricción, nuestro agradecimiento.

Esta alegría del encuentro con el Señor que nos salva no es individualista: la celebramos siempre unidos a toda la Iglesia. Durante la Misa del domingo reforzamos la unidad con los demás miembros de nuestra comunidad cristiana, llegando a ser «un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo»¹². Por eso, «la asamblea dominical es un lugar privilegiado de unidad»¹³, de modo especial para las familias, que «viven una de las manifestaciones más cualificadas de su identidad y de su “ministerio” de “iglesias domésticas”, cuando los padres participan con sus hijos en la única mesa de la Palabra y del Pan de vida»¹⁴. ¡Qué hermoso cuadro tenemos cada domingo, cuando en las parroquias y distintos lugares de culto se reúnen las familias cristianas —padre, madre, hijos, incluso los abuelos— para adorar juntos al Señor y crecer en la fe acompañados!

Ser más ricos de las palabras de Dios

El carácter festivo de la celebración dominical se refleja en algunos elementos litúrgicos, como la segunda lectura antes del Evangelio, la homilía, la profesión de fe, y —excepto los domingos de Adviento y Cuaresma— el *Gloria*. Por supuesto, en esta Misa se aconseja de modo particular el canto, que refleja el gozo de la Iglesia ante la realidad de la resurrección del Señor.

La Liturgia de la Palabra dominical posee una gran riqueza, en la que la proclamación del Evangelio es central. Así, durante el tiempo ordinario y a lo largo de tres ciclos anuales, la Iglesia nos propone una selección ordenada de pasajes evangélicos, en la que recorreremos la vida del Señor. Antes, hemos recordado la historia de nuestros hermanos mayores en la fe con la primera lectura del Antiguo Testamento durante el tiempo ordinario, que está relacionada con el Evangelio, «para poner de manifiesto la unidad de ambos Testamentos»¹⁵. La segunda lectura, también a lo largo de tres años, recorre las cartas de San Pablo y de

Santiago y nos hace comprender cómo los primeros cristianos vivían según la novedad que Jesús nos ha venido a traer.

En conjunto, la Iglesia nos ofrece como buena Madre un abundante alimento espiritual de la Palabra de Dios, que solicita de cada uno la respuesta orante durante la Misa y luego la acogida serena en la vida. «Pienso que todos podemos mejorar un poco en este aspecto —dice el Papa—: convertirnos todos en mejores oyentes de la Palabra de Dios, para ser menos ricos de nuestras palabras y más ricos de sus Palabras»¹⁶. Para ayudarnos a asimilar este alimento, cada domingo el sacerdote pronuncia una homilía en la que explica, a la luz del misterio pascual, el significado de las lecturas del día, especialmente del Evangelio: una escena de la vida de Jesús, su diálogo con los hombres, sus enseñanzas salvadoras. De este modo, la homilía nos conduce a participar con intensidad en la Liturgia Eucarística, y a comprender que lo que celebramos se proyecta más allá del final de la Misa, para transformar nuestra vida diaria: el trabajo, el estudio, la familia...

Más que un precepto, una necesidad cristiana

La santa Misa es una necesidad para el cristiano. ¿Cómo podríamos prescindir de ella, si, como enseña el Concilio Vaticano II, «cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que “nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado” (1 Cor 5, 7), se efectúa la obra de nuestra redención»¹⁷? «*Quoties sacrificium crucis, quo “Pascha nostrum immolatus est Christus” in altari celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur*»: la eficacia santificadora de la Misa no se limita al tiempo que dura su celebración, sino que se extiende a todos nuestros pensamientos, palabras u obras, de manera que es «el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano»¹⁸. Comenta también san Josemaría: «Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros»¹⁹.

«*Sine Dominico non possumus*: nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor», decían los antiguos mártires de Abitinia²⁰. La Iglesia ha concretado esta necesidad en el precepto de participar en la Misa los domingos y las demás fiestas de precepto²¹. De este modo, vivimos el mandamiento incluido en el Decálogo: «Acuérdate del día sábado para santificarlo. Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas; pero el séptimo es día de descanso en honor del Señor, tu Dios»²². Los cristianos llevamos a plenitud este precepto al celebrar el domingo, día de la resurrección de Jesús.

El reposo del domingo

El domingo es un día para vivir más cerca del Señor. Dirigimos la mirada a nuestro Creador, reposando del trabajo habitual, como nos enseña la Biblia: «en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, pero el séptimo día descansó. Por eso el Señor bendijo el día sábado y lo declaró santo»²³. Aunque tener un día a la semana para descansar puede justificarse por razones meramente humanas, como un bien para la persona, la familia y toda la sociedad, no hemos de olvidar que el mandamiento divino va más allá: «El descanso divino del séptimo día no se refiere a un Dios inactivo, sino que subraya la plenitud de la realización llevada a término y expresa el descanso de Dios frente a un trabajo “bien hecho” (*Gen 1, 31*), salido de sus manos para dirigir al mismo una mirada llena de gozosa complacencia»²⁴.

La misma revelación en el Antiguo Testamento añade otro motivo de la santificación del séptimo día: «Recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor te hizo salir de allí con el poder de su mano y la fuerza de su brazo. Por eso el Señor, tu Dios, te manda celebrar el día sábado»²⁵. Justo por eso, porque la resurrección gloriosa de Cristo es el cumplimiento perfecto de las promesas del Antiguo Testamento y con ella ha llegado a su punto culminante la historia de la salvación, iniciada con los comienzos de género humano, los primeros cristianos empezaron a celebrar el día de la semana en que resucitó Jesucristo como el día de fiesta semanal santificado en honor del Señor.

La liberación prodigiosa de los israelitas es una figura de lo que Jesucristo hace con su Iglesia a través del misterio pascual: nos libra del pecado, nos ayuda a vencer nuestras malas inclinaciones. Por eso, podemos decir que el domingo es un día especial para vivir la libertad de los hijos de Dios: una libertad que nos lleva a adorar al Padre y a vivir la fraternidad cristiana empezando por los que tenemos más próximos a nosotros.

«Por medio del descanso dominical, las preocupaciones y las tareas diarias pueden encontrar su justa dimensión: las cosas materiales por las cuales nos inquietamos dejan paso a los valores del espíritu; las personas con las que convivimos recuperan, en el encuentro y en el diálogo más sereno, su verdadero rostro»²⁶. No se trata de no hacer nada o solo actividades de ninguna utilidad; al contrario: «la institución del Día del Señor contribuye a que todos disfruten del tiempo de descanso (...) suficiente que les permita cultivar su vida familiar, cultural, social y religiosa»²⁷. Especialmente es un día para dedicar a la familia el tiempo y la atención que quizá no logramos prestarles suficientemente los otros días de la semana.

En definitiva, el domingo no es el día reservado a uno mismo, para centrarse en los propios gustos e intereses. «Desde la Misa dominical surge una ola de caridad destinada a extenderse a toda la vida de los fieles, comenzando por animar el modo mismo de vivir el resto del domingo. Si éste es día de alegría, es preciso que el cristiano manifieste con sus actitudes concretas que no se puede ser feliz “solo”. Él mira a su alrededor para identificar a las personas que necesitan su solidaridad»²⁸. La Misa de los domingos es una fuerza que nos mueve a salir de nosotros mismos, porque la Eucaristía es el sacramento de la caridad, del amor de Dios y del prójimo por Dios. «El domingo —decía san Josemaría— va bien alabar a la Trinidad: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Yo suelo añadir: y gloria a Santa María. Y... es una cosa pueril, pero no me importa nada: también a San José»²⁹.

Notas

- ¹ San Juan Pablo II, Carta Apostólica *Dies Domini*, 31-V-1998, n. 7.
- ² San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 35.
- ³ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n. 106.
- ⁴ Francisco, *Audiencia*, 5 de febrero de 2014.
- ⁵ *Sacrosanctum Concilium*, n. 106.
- ⁶ *Ap* 1, 10.
- ⁷ *Hch* 20, 7.
- ⁸ *1 Cor* 11,23.27.
- ⁹ *Apología* I, 67, 7.
- ¹⁰ *Misal Romano*, Vigilia Pascual, oración después de la 7ª lectura.
- ¹¹ *Sal* 117 (118), 24.
- ¹² *Ef* 4, 4-6.
- ¹³ *Dies Domini*, n. 36.
- ¹⁴ *Ibidem*.
- ¹⁵ Introducción al Leccionario de la Misa, n. 106.
- ¹⁶ Francisco, *Discurso*, 4-X-2013.
- ¹⁷ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 3.
- ¹⁸ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 87.

- 19 *Es Cristo que pasa*, n. 88.
- 20 Cfr. *Dies Domini* n. 46.
- 21 Cfr. *Código de Derecho Canónico*, can. 1247.
- 22 *Ex 20*, 8–10.
- 23 *Ex 20*, 11.
- 24 *Dies Domini*, n. 11.
- 25 *Dt 5*, 15.
- 26 *Dies Domini*, n. 67.
- 27 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2184.
- 28 *Dies Domini*, n. 72.
- 29 San Josemaría, *Apuntes tomados en una reunión familiar*, 29–V–1974.

TIEMPO ORDINARIO
LAS FIESTAS DEL SEÑOR (I)

El tiempo de una presencia

Las grandes solemnidades y fiestas del Señor despliegan a lo largo de todo el año el misterio de salvación que brota de la Cruz y que, desde el Sepulcro vacío, renueva la faz de la tierra.

«Como ahora yo, que he venido a vosotros en nombre del Señor, os he encontrado en vela en su nombre, así el mismo Señor, en cuyo honor celebramos esta solemnidad, encontrará a su Iglesia velando en la luz del alma, cuando venga a despertarla»¹. Velar en la luz del alma: estas palabras de San Agustín, pronunciadas durante una Vigilia pascual, compendian bien el sentido de las grandes solemnidades y fiestas del Señor que jalonan las semanas del Tiempo ordinario, desplegando a lo largo de todo el año el misterio de salvación que brota de la Cruz y que, desde el Sepulcro vacío, renueva la faz de la tierra.

«El único y mismo centro de la liturgia y de la vida cristiana —el misterio pascual—, en las diversas solemnidades y fiestas asume “formas” específicas, con nuevos significados y con dones particulares de gracia»². Son comunes a todas las tradiciones litúrgicas las fiestas de la Transfiguración y de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras que son propias de la Iglesia romana las solemnidades de la Santísima Trinidad, del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, del Sagrado Corazón de Jesús y de Cristo, Rey del Universo.

Por último, se celebran también dentro del transcurso del Tiempo Ordinario o de la Cuaresma dos fiestas del Señor profundamente vinculadas con la vida de María: la *Presentación del Señor* en el Templo y la solemnidad de la *Anunciación del Señor*. Por su tenor teológico,

ambas pertenecen en realidad al ciclo de la Manifestación o Tiempo de Navidad, pero su lugar en el calendario se debe al modo en el que, por complejos caminos, se ha acabado fijando su fecha.

En este primer editorial dedicado a las fiestas del Señor que la Iglesia nos presenta a lo largo del Tiempo Ordinario, recogemos algunas consideraciones de cuatro de ellas: La Presentación y la Anunciación del Señor, la Santísima Trinidad y el *Corpus Christi*.

La Presentación del Señor en el Templo

La ley mosaica prescribía que todo primogénito de Israel debía ser consagrado a Dios cuarenta días después de nacer y ser rescatado con una suma depositada en el tesoro del Templo, en recuerdo de su preservación la noche de la primera Pascua, durante la salida de Egipto. El Evangelio según san Lucas recoge así esta presentación de Jesús en el Templo: «cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “Todo primogénito varón será consagrado al Señor”»³ San José y la Virgen entran en el templo, desapercibidos entre la muchedumbre: el Esperado por todos los hombres entra inerme, sobre el regazo de su Madre, en la casa de su Padre. La liturgia de este día nos despierta, con el salmo responsorial, para que adoremos, en el seno de esa familia discreta, al Rey de la Gloria. «*Attollite, portae, capita vestra, et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae: ¡Puertas, alzad los dinteles! ¡Elevaos, Puertas eternas!, que va entrar el Rey de la Gloria*»⁴.

La Iglesia de Jerusalén comenzó a conmemorar anualmente este misterio en el siglo IV. La fiesta se celebraba el 14 de febrero, cuarenta días después de Epifanía, porque la liturgia de Jerusalén no había adoptado aún la costumbre romana de celebrar la Navidad el 25 de diciembre. Por eso, cuando este uso fue común en todo el orbe cristiano, la fiesta de la presentación se trasladó al día 2 de febrero y se extendió así muy pronto por todo el Oriente. En Bizancio, la introdujo el emperador Justiniano I en el siglo VI, bajo la advocación de *Hypapante* o el *encuentro* de Jesús con el anciano Simeón, figura de los

justos de Israel, que pacientemente habían esperado largo tiempo el cumplimiento de las promesas mesiánicas.

Durante el siglo VII, la celebración arraigó también en Occidente. El nombre popular de *candelaria* o *fiesta de la luz* proviene de la tradición, instituida por el papa Sergio I, de hacer una procesión con cirios. Como proclama el anciano Simeón, Jesús es el Salvador, «*presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones*»⁵ Al conmemorar la venida y manifestación de la luz divina al mundo, la Iglesia bendice todos los años los cirios, símbolo de la perenne presencia de Jesús, y de la luz de la fe que los fieles reciben por el sacramento del Bautismo. La procesión con los cirios encendidos se convierte así en una expresión de la vida cristiana: un camino iluminado por la luz de Cristo.

La conmemoración anual de la Presentación del Señor en el Templo es también una celebración mariana y por eso en determinadas épocas ha sido conocida como fiesta de la “Purificación de María”. Aunque preservada por Dios del pecado original, María, como madre hebrea quiere someterse a la «Ley del Señor» y por ello ofrece «un par de tórtolas o dos pichones»⁶ La oblación de María se convierte así en un signo de su obediencia pronta a los mandatos de Dios. «¿Aprenderás con este ejemplo, niño tonto, a cumplir, a pesar de todos los sacrificios personales, la Santa Ley de Dios?»⁷.

La Anunciación del Señor

El 25 de marzo, la Iglesia celebra el anuncio del cumplimiento de las promesas de salvación. De labios del ángel, María conoce que ha hallado gracia delante de Dios. Por obra del Espíritu Santo, concebirá un hijo que será llamado Hijo de Dios. Salvará a su pueblo y se elevará sobre el trono de David; y su reino no tendrá fin⁸. Es la fiesta de la Encarnación: el Hijo eterno del Padre entra en la historia; se hace hombre en la carne de María, una muchacha humilde del pueblo de Israel. Desde entonces, «la historia no es una simple sucesión de siglos, años, días, sino que es el tiempo de una presencia que le da pleno significado y la abre a una sólida esperanza»⁹.

Es probable que ya en el siglo IV se celebrara esta fiesta en Palestina, pues en aquellas fechas se levantó una basílica en Nazareth, en el lugar donde la tradición emplazaba la casa de María. Esta impronta mariana se advierte en el nombre que la conmemoración también ha recibido: “Anunciación de la Virgen María”. Muy pronto, durante el siglo V, la fiesta se difundirá por el Oriente cristiano, para después transmitirse al Occidente. En la segunda mitad del siglo VII ya hay testimonios de su celebración el 25 de marzo en la Iglesia romana bajo la advocación de *Annuntiatio Domini*.

La datación de la fiesta parte de una antigua tradición que emplazaba la creación del mundo en el día preciso del equinoccio de primavera (que al inicio de la era cristiana correspondía al 25 de marzo del calendario juliano). De acuerdo con la idea de que la perfección implica el cumplimiento de ciclos completos, los primeros cristianos consideraron que la encarnación de Cristo (comienzo de la nueva creación), su muerte en la cruz, y su venida definitiva al final de los tiempos, se debían situar en esa misma fecha, que de este modo aparece cargada de sentido. Además, el lugar preciso de la Navidad en el calendario —nueve meses después de la Anunciación—, parece tener su origen en esta primitiva datación.

Los textos de la Misa y de la Liturgia de las Horas de esta solemnidad se centran en la contemplación del Verbo hecho carne. El salmo 39 [40], evocado en la antífona de entrada, en el salmo responsorial y en la segunda lectura, es el hilo conductor de toda la celebración: «aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»¹⁰ Jesús se encarna en obediencia al querer de su Padre; y, como Jesús, así su Madre. María se turba, pero no pone objeciones: no duda de la palabra del ángel. Movidada por la fe, dice “sí” a la voluntad de Dios. «María se muestra santamente transformada, en su corazón purísimo, ante la humildad de Dios (...). La humildad de la Virgen es consecuencia de ese abismo insondable de gracia, que se opera con la Encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima en las entrañas de su Madre siempre Inmaculada»¹¹.

La Santísima Trinidad

El primer domingo después de Pentecostés, la Iglesia celebra la solemnidad de la Santísima Trinidad. En este día glorificamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Dios uno, trino en personas: «al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna Divinidad, adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en dignidad»¹² «Me habéis oído decir muchas veces que Dios está en el centro de nuestra alma en gracia; y que, por lo tanto, todos tenemos un hilo directo con Dios Nuestro Señor. ¿Qué valen todas las comparaciones humanas, con esa realidad divina, maravillosa? Al otro lado del hilo está, aguardándonos, no sólo el Gran Desconocido, sino la Trinidad entera: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (...). Es una pena que los cristianos olvidemos que somos trono de la Trinidad Santísima. Os aconsejo que desarrolléis la costumbre de buscar a Dios en lo más hondo de vuestro corazón. Eso es la vida interior»¹³.

Aunque esta fiesta fue introducida en el Calendario romano a mediados del siglo XIV, sus orígenes se remontan al periodo patrístico. Ya san León Magno acostumbraba a desarrollar la doctrina sobre el misterio trinitario durante el periodo de Pentecostés. Algunas de sus expresiones aparecerán recogidas más tarde en el prefacio de la Misa del domingo de la octava de Pentecostés. Sucesivamente, se compondrá en el reino franco una Misa de la Santísima Trinidad que conocerá una muy temprana difusión por todo el Occidente, quizás como un medio para enseñar asiduamente al pueblo cristiano la verdadera fe en Dios.

No obstante, la Iglesia romana no fijó una fiesta especial en el calendario para la Santísima Trinidad, porque las invocaciones al Dios uno y trino y las doxologías le dan ya un lugar central en la liturgia. Esta situación no impidió que algunas diócesis o comunidades monásticas celebraran anualmente una fiesta litúrgica trinitaria, aunque la fecha no fuera uniforme. Sería el Papa Juan XXII quien, en 1334, introdujera finalmente en el Calendario romano la fiesta de la Santísima Trinidad, en el domingo posterior a Pentecostés. Por otra parte, aunque las Iglesias del Oriente cristiano no hayan establecido una fiesta específica,

dedican la mayor parte de los cantos del domingo de Pentecostés a contemplar el misterio trinitario.

El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

La solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo (el “*Corpus Christi*”) nace en el Medioevo, fruto de la piedad eucarística y de la reafirmación del dogma tras variadas controversias teológicas. La fiesta se celebró por primera vez en Lieja el año 1247, a petición de santa Juliana de Mont-Cornillon, religiosa que dedicó gran parte de su vida a promover la devoción al santo Sacramento del altar. En 1264, el Papa Urbano IV, impresionado por el milagro eucarístico de Bolsena —testimoniado en piedra por el monumental *duomo* de Orvieto, que es como un gran relicario— instituyó con carácter universal la solemnidad en honor del Santísimo Sacramento para el jueves posterior a la octava de Pentecostés. La bula de institución de la fiesta contenía en apéndice los textos de la Misa y del Oficio del día, redactados según la tradición por santo Tomás de Aquino. La antífona *O sacrum convivium* de las segundas vísperas de la fiesta, sintetiza de modo admirable la fe de la Iglesia, el *mysterium fidei*: «¡Oh sagrado banquete en el que se recibe a Cristo! Se renueva la memoria de su Pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura»¹⁴. «Cada uno de nosotros —decía el Papa en esta solemnidad— puede preguntarse: ¿y yo? ¿Dónde quiero comer? ¿En qué mesa quiero alimentarme? ¿En la mesa del Señor? ¿O sueño con comer manjares gustosos, pero en la esclavitud? Además, cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿cuál es mi memoria? ¿La del Señor que me salva, o la del ajo y las cebollas de la esclavitud? ¿Con qué memoria sacio mi alma?»¹⁵.

Como esta fiesta gira en torno a la adoración del Santísimo Sacramento y a la fe en la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas, resulta lógico que ya en el siglo XIV surgiera la costumbre de acompañar al Señor sacramentado por las calles de las ciudades. Anteriormente, el Santísimo había presidido la procesión de las palmas del domingo de ramos, o había sido trasladado solemnemente en la mañana de Pascua desde el “monumento” o “sepulcro” al tabernáculo

principal del templo. La *procesión del Corpus* como tal será definitivamente acogida en Roma en el siglo XV. Gracias a Dios, en los últimos años estamos asistiendo a un refloreamiento de esta devoción, también en lugares en los que había desaparecido durante siglos. Hacemos nuestros los sentimientos de san Josemaría en la fiesta del Corpus Christi de 1971: «mientras celebraba la Misa esta mañana, le he dicho a Nuestro Señor con el pensamiento: yo te acompaño en todas las procesiones del mundo, en todos los Sagrarios donde te honran, y en todos los lugares donde estés y no te honren»¹⁶.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ San Agustín, *Sermón 223 D* (PL *Supplementum 2*, 717–718).
- ² Benedicto XVI, Homilía, 31–V–2009.
- ³ *Lc 2*, 22.
- ⁴ *Sal 23* (24), 7.
- ⁵ *Lc 2*, 32.
- ⁶ *Lc 2*, 24.
- ⁷ San Josemaría, *Santo Rosario*, cuarto misterio gozoso.
- ⁸ Cfr. *Lc 1*, 26–33.
- ⁹ Benedicto XVI, Audiencia, 12–XII–2012.
- ¹⁰ Cfr. *Sal 39* (40), 8–9.
- ¹¹ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 96.

- ¹² *Misal Romano*, Prefacio de la Misa de la solemnidad de la Santísima Trinidad.
- ¹³ San Josemaría, *Apuntes de la predicación*, 8–XII–1972 (citado en E. Burkhart – J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, Rialp, Madrid 2010, vol. I, pp. 311–312).
- ¹⁴ Antífona *ad Magnificat*, Vísperas II de la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor.
- ¹⁵ Papa Francisco, Homilía, 19–VI–2014 (cfr. *Nm* 11, 4–6).
- ¹⁶ J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid: Rialp, 2000, 240.

TIEMPO ORDINARIO
LAS FIESTAS DEL SEÑOR (II)

Celebrar el misterio inagotable del Señor

Las fiestas del Señor continúan hasta culminar en la Solemnidad de Cristo Rey. Jesús es el centro de la historia: no solo la de la humanidad en su totalidad, sino también la de cada persona.

A través de las diversas solemnidades del Señor que la liturgia nos propone a lo largo del año, podemos contemplar desde distintos perfiles el inagotable misterio de Dios, dejando que su luz bañe nuestra existencia cristiana en el mundo. En el centro del año litúrgico se encuentra la Pascua que, en cierto modo «se prolonga durante tres meses —primero los cuarenta días de la Cuaresma y luego los cincuenta días del Tiempo pascual—», seguida de «tres fiestas que tienen un carácter “sintético”: la Santísima Trinidad, el Corpus Christi y, por último, el Sagrado Corazón de Jesús»¹. Las dos primeras conmemoraciones las hemos tratado en el editorial anterior: ahora contemplaremos la solemnidad del Sagrado Corazón, para seguir con la Transfiguración, la Exaltación de la Santa Cruz y concluir con la festividad de Cristo Rey.

El Sagrado Corazón de Jesús

El viernes siguiente al segundo domingo después de Pentecostés, la Iglesia dirige la mirada al costado abierto de Cristo en la Cruz, expresión del amor infinito de Dios por los hombres y manantial del que brotan sus sacramentos. La contemplación de esta escena ha alimentado la devoción de los cristianos desde los primeros siglos, pues ahí han encontrado una fuente continua de paz y seguridad en las

dificultades. La mística cristiana nos invita a abrirnos al Corazón del Verbo Encarnado: «Que Cristo habite en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad; y conocer también el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para que os llenéis por completo de toda la plenitud de Dios»².

La piedad popular del bajo medioevo desarrolló una veneración profunda y expresiva de la Humanidad Santísima de Cristo sufriendo en la Cruz. Se difundió así el culto a la corona de espinas, los clavos, las llagas... y al Corazón abierto, síntesis de todos los padecimientos del Salvador por amor a nosotros. Estas formas de piedad dejaron su impronta en la Iglesia, de modo que en el siglo XVII nació la celebración litúrgica de la solemnidad del Sagrado Corazón. El 20 de octubre de 1672 un sacerdote normando, san Juan Eudes, celebró por vez primera una misa propia del Sagrado Corazón y, a partir de 1673, se fueron difundiendo por Europa las visiones de santa Margarita María Alacoque sobre la expansión de este culto. Finalmente, Pío IX extendió oficialmente a la Iglesia latina esta fiesta.

La liturgia del día desarrolla los dos pilares teológicos de la devoción: las riquezas insondables del misterio de amor desplegado en Cristo, y la contemplación reparadora de su corazón traspasado. Los recogen las dos oraciones *colecta* que el Misal Romano ofrece: «al celebrar la solemnidad del Corazón de tu Hijo unigénito, recordamos los beneficios de su amor para con nosotros; concédenos recibir de esta fuente divina una inagotable abundancia de gracia»; «en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, has depositado infinitos tesoros de caridad; te pedimos que, al rendirle el homenaje de nuestro amor, le ofrezcamos una cumplida reparación».

La consideración del abismo de ternura del Señor por las almas es también una invitación a conformar el propio corazón al suyo, a unir al afán reparador el deseo eficaz de acercar más almas a Él: «Nos hemos asomado un poco al fuego del Amor de Dios; dejemos que su impulso mueva nuestras vidas, sintamos la ilusión de llevar el fuego divino de

un extremo a otro del mundo, de darlo a conocer a quienes nos rodean: para que también ellos conozcan la paz de Cristo y, con ella, encuentren la felicidad»³.

La Transfiguración del Señor

La solemnidad de la Transfiguración nace, probablemente, de la conmemoración anual de la dedicación de una basílica en honor a este misterio que se levantó en el Monte Tabor. En el siglo IX la fiesta se introdujo en Occidente y más tarde, durante los siglos XI y XII, comenzó a celebrarse también en Roma, en la basílica vaticana. Fue incorporada al Calendario romano por el Papa Calixto III (1457) en agradecimiento por la victoria de las tropas cristianas frente a los turcos en la batalla de Belgrado, el 6 de agosto de 1456.

En el Oriente cristiano la *Transfiguración de nuestro Dios y Salvador Jesucristo* es una de las solemnidades más grandes del año, junto con la Pascua, la Navidad y la Exaltación de la Santa Cruz. En ella se expresa toda la teología de la divinización mediante la gracia, de la naturaleza humana que, revistiéndose de Cristo, es iluminada por el esplendor de la gloria de Dios. Unidos a Jesús, señala el oficio de lecturas del rito romano, «brillaremos con nuestra mirada espiritualizada, renovados en cierta manera en los trazos de nuestra alma, hechos conformes a su imagen»⁴.

Con Pedro, Santiago y Juan, en esta fiesta se nos invita a poner a Jesús en el centro de nuestra atención: «Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle»⁵. Hemos de oírlo, y dejar que su vida y enseñanzas divinicen nuestra vida ordinaria. Así rezaba san Josemaría: «Señor nuestro, aquí nos tienes dispuestos a escuchar cuanto quieras decirnos. Háblanos; estamos atentos a tu voz. Que tu conversación, cayendo en nuestra alma, inflame nuestra voluntad para que se lance fervorosamente a obedecerte»⁶.

Escuchar al Señor con la disposición sincera de identificarse con Él nos lleva a aceptar el sacrificio. Jesús se transfigura «para quitar del corazón de sus discípulos el escándalo de la cruz»⁷, para ayudarles a

sobrellevar los momentos oscuros de su Pasión. Cruz y gloria están íntimamente unidas. De hecho, se fijó el 6 de agosto como fiesta de la Transfiguración en relación a la Exaltación de la Santa Cruz: entre ambas celebraciones transcurren cuarenta días que, en algunas tradiciones, conforman como una segunda cuaresma. Así, la Iglesia bizantina vive este periodo como un tiempo de ayuno y de contemplación de la Cruz.

La Exaltación de la Santa Cruz

La fiesta de la *Exaltación de la Santa Cruz* tiene su origen en la Iglesia de Jerusalén. Desde mediados del siglo IV celebraba el 13 de septiembre el aniversario de la dedicación de la basílica constantiniana levantada en el Gólgota. Según el recuerdo de una peregrina de la antigüedad llamada Egeria, unos años antes, en esa misma fecha, se había encontrado la reliquia de la Cruz del Señor. El gesto de la exaltación se realizaba el segundo día de la octava de la dedicación: en esa jornada, testimonia un libro litúrgico de la época, «se muestra solemnemente a todo el pueblo cristiano la venerable Cruz». Actualmente, el rito más característico de esta fiesta en la liturgia bizantina consiste en la elevación que hace el sacerdote de la Cruz por encima de todas las cabezas, bendiciendo al pueblo y dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales, mientras el coro canta cien veces la letanía *Kyrie eleison* en cada ostensión. Los fieles, después, pasan a venerar la Cruz y reciben una flor del conjunto que adorna el lugar donde reposa. Es tal el realce de esta solemnidad en el Oriente cristiano, que es considerada como una pascua otoñal.

En Roma, desde inicios del siglo VI, se conmemoraba el 3 de mayo una fiesta paralela: la *Invención de la Santa Cruz*. A mediados del siglo VII, en la basílica vaticana se adopta el uso procedente de Jerusalén de venerar un fragmento de la reliquia de la Cruz (llamado *lignum crucis*) el día 14 de septiembre. El Papa Sergio (687–701) trasladó dicha costumbre a la basílica laterana y la revistió de especial solemnidad, de tal manera que ya en el siglo VIII la fiesta se extendió también por todo el Occidente.

En la liturgia romana, el prefacio de la Misa recuerda que si el árbol del Paraíso fue el lugar de la caída del hombre, el Señor ha previsto que la Cruz sea el nuevo árbol salvador «*ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret...* para que, de donde tuvo origen la muerte, de allí surgiera la vida»⁸. Las lecturas subrayan la elevación de Cristo en el madero como un anticipo de la elevación en la gloria, y polo que atrae a todas las criaturas: «cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todo hacia mí»⁹ La Cruz es el lugar del triunfo de Jesús, desde donde extiende su reinado contando con nuestra colaboración: «Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»¹⁰.

San Josemaría llevaba siempre en el cuello un relicario en forma de cruz con un *lignum crucis*. Era una manifestación de su devoción a la Santa Cruz en el cumplimiento amoroso del deber de cada jornada. Existen innumerables gestos, incluso pequeños, que también sirven para expresar esta devoción en la vida diaria; por ejemplo, al bendecir la mesa y dar gracias hacemos la señal de la cruz: «Ese momento de la bendición, aunque sea muy breve, nos recuerda nuestra dependencia de Dios para la vida, fortalece nuestro sentido de gratitud por los dones de la creación, reconoce a aquellos que con su trabajo proporcionan estos bienes y refuerza la solidaridad con los más necesitados»¹¹.

Cristo Rey del Universo

La señoría de Cristo sobre el universo se conmemora de diversos modos en fiestas del año litúrgico como la Epifanía, la Pascua, la Ascensión. Con la solemnidad de Cristo Rey, instituida en 1925 por el Papa Pío XI en el contexto del avance de la secularización en la sociedad, la Iglesia

nos quiere presentar con mayor claridad aún la soberanía de Jesucristo sobre toda la Creación, incluida la historia humana.

El reino de Jesús es, como nos señala la liturgia de la Misa, un *Regnum veritatis et vitae; regnum sanctitatis et gratiae; regnum iustitiae, amoris et pacis*¹²: verdad, vida, santidad, gracia, justicia, amor, paz. Son los valores que anhela con más fuerza el corazón humano, y a cuya realización podemos contribuir los cristianos. De modo especial, con las obras de misericordia dirigidas a los más pequeños, como se proclama en el evangelio propio del ciclo A: «tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me acogisteis»¹³.

Sin embargo, Jesús mismo nos advierte: «Mi Reino no es de este mundo»¹⁴. Su señorío se manifestará en plenitud con su segunda venida, gloriosa, cuando se instauren los nuevos cielos y la nueva tierra, y «toda criatura, libre de la esclavitud del pecado, lo sirva y alabe sin fin»¹⁵ Ahora es el tiempo de la esperanza, de trabajar por su reinado, confiados en que la victoria final es suya.

Jesús es el centro de la historia: no solo la de la humanidad en su totalidad, sino también la de cada persona individualmente. Incluso cuando parece que todo está perdido, siempre cabe dirigirse al Señor, como hizo el buen ladrón, según nos lo presenta el evangelio en el ciclo C¹⁶ Cuánta paz da el hecho de que, a pesar de nuestro pasado, con el arrepentimiento sincero podemos entrar siempre en el Reino de Dios: «Hoy todos podemos pensar en nuestra historia, nuestro camino. Cada uno de nosotros tiene su historia; cada uno tiene también sus equivocaciones, sus pecados, sus momentos felices y sus momentos tristes. En este día, nos vendrá bien pensar en nuestra historia, y mirar a Jesús, y desde el corazón repetirle a menudo, pero con el corazón, en silencio, cada uno de nosotros: “Acuérdate de mí, Señor, ahora que estás en tu Reino. Jesús, acuérdate de mí, porque yo quiero ser bueno, quiero ser buena, pero me falta la fuerza, no puedo: soy pecador, soy pecadora. Pero, acuérdate de mí, Jesús. Tú puedes acordarte de mí porque tú estás en el centro, tú estás precisamente en tu Reino”»¹⁷ Esa petición de amor se plasma a lo largo del tiempo litúrgico cuando

actualizamos en nuestra vida cotidiana lo que se celebra en la Misa. El Sagrado Corazón de Jesús, su Transfiguración, la Exaltación de la Santa Cruz y la solemnidad de Cristo Rey no solo jalonan el año, sino que llenan de contenido los días en que se celebran.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ Benedicto XVI, Homilía en la solemnidad del *Corpus Domini*, 22-V-2008.
- ² *Ef* 3, 17-19.
- ³ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 170.
- ⁴ Anastasio Sinaíta, *Sermón en el día de la Transfiguración del Señor (Lectio altera del Oficio de lecturas de la Liturgia de las Horas del 6 de agosto)*.
- ⁵ *Mt* 17, 5.
- ⁶ San Josemaría, *Santo Rosario*, cuarto misterio de luz.
- ⁷ *Misal Romano*, Prefacio de la Transfiguración del Señor.
- ⁸ *Misal Romano*, Prefacio de la Santa Cruz.
- ⁹ *Jn* 12, 32.
- ¹⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 183.
- ¹¹ Francisco, Enc. *Laudato si'*, 24-V-2015, n. 227.
- ¹² *Misal Romano*, Prefacio de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo.
- ¹³ *Mt* 25, 35.

¹⁴ *Jn* 18, 36.

¹⁵ *Misal Romano*, Oración colecta de la Misa de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo.

¹⁶ Cfr. *Lc* 23, 35–43.

¹⁷ Francisco, Homilía, 24–XI–2013.

SANTA MARÍA
EN EL AÑO LITÚRGICO

«Me llamarán bienaventurada todas
las generaciones»

A lo largo del año, la Iglesia recuerda a sus hijos la presencia maternal y discreta de María: junto a San José, Ella peregrina con nosotros a través de la historia.

En la celebración anual de los misterios de Cristo, «la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en Ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención y la contempla gozosamente, como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser»¹.

Con trazos breves, pero incisivos, el Concilio Vaticano II presenta el sentido del culto litúrgico a santa María. Nos puede ayudar a comprenderlo una vía sencilla y profunda: el mejor arte cristiano, que surge de la oración de la Iglesia. Si nos asomamos, por ejemplo, a un templo de tradición bizantina, la mirada se nos va, nada más entrar en la nave, hacia los ojos del Cristo Pantocrátor que suele dominar la bóveda del ábside. Su rostro amable nos recuerda cómo el Dios infinito ha asumido los rasgos finitos de los hijos de los hombres. Bajo Él, adornada con colores imperiales, se encuentra María, la Toda Santa, flanqueada de arcángeles con ricas vestiduras litúrgicas. En un tercer nivel, en fin, se disponen los apóstoles y los santos que, con nosotros —*communicantes*—, ofrecen el *sacrificium laudis*, el sacrificio de alabanza agradable a Dios Padre².

La primera devoción mariana

Esta imagen ayuda a entender la posición única de María en la vida y en la liturgia de la Iglesia. Como le gustaba considerar a san Josemaría, Ella es ante todo la Madre de Dios, la *Theotokos*: aquí se encuentra «la raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan»³. Por eso una de las oraciones marianas más antiguas la llama audazmente *Dei genatrix*, aquella que ha engendrado a Dios⁴; y también por eso el culto litúrgico a María se desarrollará sobre todo a partir del concilio de Éfeso (siglo V), cuando la Iglesia define el dogma de su Maternidad divina.

En otras representaciones, Santa María aparece sosteniendo el velo del cáliz eucarístico, o en una posición corporal de “Virgen orante y oferente”. Se expresa así cómo la participación en el misterio Pascual del Señor es el centro y la raíz de su vida. Ese modo único en que María se une como Madre a la acción redentora de Jesús es el fundamento del culto mariano: la Iglesia venera a la Virgen confesando el lugar que solo a Ella corresponde. Por eso ya en las más antiguas profesiones de fe bautismales y en las primeras plegarias eucarísticas se encuentran alusiones a la Madre de Dios. Esta presencia especial de María explica, además, que el modo más natural de honrarla sea celebrar el misterio de su Hijo, sobre todo en la Eucaristía.

«Para mí, la primera devoción mariana —me gusta verlo así— es la Santa Misa (...). En el Sacrificio del Altar, la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por la tierra de Palestina. La Santa Misa es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En ese insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro purísimo de María»⁵. Celebrando el misterio de Cristo, la Iglesia encuentra a María y, contemplándola, descubre cómo vivir los divinos misterios: con Ella escuchamos y meditamos la Palabra de Dios, y nos asociamos a su voz que bendice, da gracias y alaba al Señor; con Ella nos sentimos asociados a la Pasión de su Hijo y a la alegría de su Resurrección; con Ella imploramos incesantemente el don del Espíritu Santo⁶.

Los orígenes del culto a Santa María

La última reforma de la liturgia romana ha querido resaltar la centralidad del misterio de Cristo, y por eso ha integrado la memoria de la Madre de Dios dentro del ciclo anual de los misterios de su Hijo. Aparte de dos celebraciones en las que María aparece indisolublemente unida a Cristo —la Anunciación (25 de marzo) y la Presentación del Señor (2 de febrero)— las fiestas marianas del actual *Calendario romano general* incluyen tres solemnidades⁷, dos fiestas⁸, cinco memorias obligatorias⁹ y seis memorias libres¹⁰. Por otro lado, algunos tiempos litúrgicos como el Adviento y la Navidad han incorporado más referencias marianas. La posibilidad, en fin, de celebrar la memoria libre de Santa María los sábados, junto con algunos elementos de la Liturgia de las Horas, constituyen la base semanal y diaria del culto litúrgico mariano. Conocer algunos detalles sobre el origen y el desarrollo de este culto nos pueden ayudar a ser mejores hijos de nuestra Madre del Cielo.

La íntima conexión entre el culto mariano y las fiestas del Señor hace que algunas de estas solemnidades y fiestas hayan sido comentadas en editoriales anteriores. Es el caso, por ejemplo, de la solemnidad de la Maternidad divina de María, que el rito romano celebra en la octava de Navidad, el primer día del año. Esta constituía la gran conmemoración mariana antes de la llegada, a finales del siglo VII, de cuatro fiestas de origen oriental: la Presentación del Señor, la Anunciación, la Dormición (que ahora se celebra como la Asunción) y el Nacimiento de María.

La acogida de cristianos provenientes de Palestina, Siria y Asia menor, consecuencia de las invasiones árabes del siglo VII, enriqueció la liturgia romana con la asimilación de diversas tradiciones litúrgicas. Entre ellas se encuentran estas cuatro fiestas, ligadas a la memoria de algunos eventos de la vida de la Virgen allí donde, según la Tradición, habían sucedido. La construcción de templos en esos lugares llevó durante los siglos IV–VI a un primer desarrollo del culto litúrgico mariano. Algunos ejemplos son la basílica en el Valle Cedrón, ligada al *dies natalis* de María, que en el siglo VI pasará a denominarse fiesta de la Dormición; la basílica de Nazaret, mandada construir por la

emperatriz Helena en memoria de la Anunciación; la basílica edificada sobre la piscina de Bethesda, que quedará ligada al recuerdo de la concepción y nacimiento de la Virgen; o la basílica de Santa María la Nueva, levantada a inicios del siglo VI en las proximidades del antiguo Templo de Jerusalén, para recordar la presentación de María.

Todas estas fiestas nos introducen en la memoria histórica de la gran familia del Pueblo de Dios, que sabe que «la historia no está sometida a fuerzas ciegas ni es el resultado del acaso, sino que es la manifestación de las misericordias de Dios Padre»¹¹. La Iglesia, como María, no tiene un corazón desenraizado, sino que hace memoria de su propio origen recordando paisajes y rostros concretos. La progresiva recepción de estas conmemoraciones de la Virgen en otras regiones del mundo es un reconocimiento de esta lógica de Dios.

De la periferia a Roma y de Roma a la periferia

Al mismo tiempo, puesto que la Iglesia es una Madre que acoge en su seno todas las culturas, la veneración de María se desarrollará de acuerdo con la particular sensibilidad humana, teológica y espiritual de cada pueblo. Así por ejemplo, la tradición bizantino-constantinopolitana conoció una primera fase bastante sobria del culto mariano, pero con el tiempo generó ricas composiciones poéticas en honor de la *Theotokos*. El himno *Akáthistos* es una de las más amadas y difundidas: «Salve, por ti resplandece la dicha; Salve, por ti se eclipsa la pena. Salve, levantas a Adán, el caído; Salve, rescatas el llanto de Eva». Por su parte, la tradición etiópica manifestará su profunda piedad mariana en las plegarias eucarísticas y en la institución del mayor número de fiestas marianas conocido en una tradición litúrgica, más de 30 a largo del año.

El rito romano tiene también su propia historia. A finales del siglo VII, el papa Sergio I enriquece aquellas cuatro fiestas recién llegadas del Oriente con un elemento que marcará la devoción popular romana: las procesiones litánicas por la ciudad. Más adelante se compondrán los textos de la Misa y del Oficio de *Sancta Maria in Sabbato*, se extenderá por Europa la costumbre de dedicar el sábado a la Virgen, y aparecerán

nuevas antífonas para la liturgia de las Horas. Algunas de ellas son hoy la última oración que, antes de dormir, sale confiada de labios de la Iglesia: *Alma Redemptoris mater*, *Salve Regina*, *Ave Regina caelorum*, *Regina coeli laetare*, compuestas todas ellas en los siglos XI–XIII. Más tarde se desarrollarán igualmente fiestas marianas como la Visitación, promovida al inicio por los franciscanos y extendida después a toda la iglesia latina en el siglo XIV.

Tras el concilio de Trento se amplían a todo el rito romano otras fiestas celebradas hasta entonces solo en algunas regiones. Por ejemplo, San Pío V extendió a toda la iglesia latina la fiesta romana de la Dedicación de Santa María *ad Nives* (5 de agosto). En los siglos XVII y XVIII, diversas conmemoraciones ligadas a la piedad mariana de algunas órdenes religiosas pasarán, por diversos caminos, al Calendario general: Nuestra Señora del Carmen (carmelitanos), Nuestra Señora del Rosario (dominicos), Nuestra Señora de los Dolores (siervos de María), Nuestra Señora de la Merced (mercedarios), etc.

Estos movimientos que van desde la periferia a Roma, y desde Roma a la periferia¹² reflejan la sabiduría maternal de la Iglesia, que promueve todo aquello que crea unidad y al mismo tiempo se adapta para tratar a sus hijos «de modo distinto —con una justicia desigual—, ya que cada uno es diverso de los otros»¹³. Este respeto por las tradiciones locales perdura en el calendario actual, que reconoce la existencia de fiestas marianas particulares, ligadas a la historia y devoción de los diversos miembros del Pueblo de Dios. Eso explica la presencia, en el calendario de la Prelatura, de la fiesta de Nuestra Señora del Amor Hermoso, que se celebra el 14 de febrero.

Un momento particularmente álgido del culto litúrgico mariano ha sido el pasado siglo XX, que conoció cuatro nuevas fiestas marianas: Virgen de Lourdes (Pío X, en 1907), la Maternidad de la Virgen María (Pío XI, en 1931), el Corazón Inmaculado de María (Pío XII, en 1944), y Santa María Reina (Pío XII, en 1954). Además de la memoria del Santísimo Nombre de María (12 septiembre), la última edición del Misal romano ha incorporado las memorias libres de Nuestra Señora de Fátima (13 de mayo) y Nuestra Señora de Guadalupe (12 de diciembre).

La extensión a todo el rito latino de celebraciones ligadas a intervenciones particulares de la Virgen manifiesta la amorosa vigilancia de la Iglesia, que recuerda a sus hijos la presencia discreta pero firme de María: junto a San José, Ella peregrina con nosotros a través de la historia.

Con la bendición de la Madre

Muchos pórticos de iglesias medievales presentan una imagen característica de Occidente: la Madre de Dios sostiene en sus brazos al Niño, y con su mirada y su sonrisa acoge y despide a los peregrinos. Esta imagen, situada en el espacio público que se abre a la ciudad, nos habla del estilo acogedor y misionero de María, que da forma a la vida de la Iglesia a través de la liturgia.

Su presencia nos recuerda que Ella nos espera cuando acudimos a una iglesia u oratorio para ayudarnos a tratar a su Hijo. Saber de esta espera de María nos lleva a recogernos, a prepararnos bien para las distintas acciones litúrgicas: una delicadeza de hijos que se concreta en detalles como llegar con antelación, sin prisa, y disponer cuanto sea necesario (ornato del altar, velas, libros) con aquella atención y cariño que nuestra Madre, «mujer eucarística»¹⁴, pondría al prepararse para la «fracción del pan» de la primitiva Iglesia¹⁵.

La alegría de la Toda Hermosa está en «reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito»¹⁶. En la escuela de santa María, «la Iglesia aprende a ser cada día “sierva del Señor”, a estar lista para ir al encuentro de las situaciones de mayor necesidad, a estar atenta con los pequeños y excluidos»¹⁷. Por eso, tras invitarnos a entrar para ser transformados por Él, nuestra Madre vuelve a saludarnos y desde el pórtico nos envía a esa «hermosísima guerra de paz»¹⁸, codo con codo con nuestros hermanos los hombres.

JUAN REGO

Notas

- ¹ Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium* (4–XII–1963), 103.
- ² Cfr. *Misal Romano*, Canon Romano.
- ³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, 275.
- ⁴ Cfr. *Liturgia de las horas, Ad completorium*, Antífona *Sub tuum praesidium*..
- ⁵ San Josemaría, “La Virgen María”, en *Por las sendas de la fe*, Madrid, Cristiandad 2013, 170–171.
- ⁶ Cfr. *Collectio Missarum de Beata Vergine Maria*, nn. 13.17.
- ⁷ Son las siguientes: 1 de enero, *La Madre de Dios*; 15 de agosto, *La Asunción*; 8 de diciembre: *La Inmaculada Concepción*..
- ⁸ 31 de mayo, *La Visitación*; 8 de septiembre, *La Natividad*..
- ⁹ Sábado después de la solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús, *Corazón Inmaculado de María*; 22 de agosto, *Santa María Reina*; 15 de septiembre, *Nuestra Señora de los Dolores*; 7 de octubre, *Nuestra Señora del Rosario*; 21 de noviembre, *Presentación de María en el Templo*.
- ¹⁰ 11 de febrero, *Nuestra Señora de Lourdes*; 13 de mayo, *Nuestra Señora de Fátima*; 16 de Julio, *Nuestra Señora del Monte Carmelo*; 5 de Agosto, *Dedicación de la Basílica de Santa María Mayor*; 12 de septiembre, *Santo Nombre de María*; 12 de diciembre, *Nuestra Señora de Guadalupe*.
- ¹¹ San Josemaría, “Las riquezas de la fe”, en *Por las sendas de la fe*, 31.
- ¹² Cfr. San Josemaría, *Forja*, 638.
- ¹³ *Amigos de Dios*, 173.
- ¹⁴ San Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17–IV–2013), 53–58.
- ¹⁵ Cfr. *Hch* 2, 42.
- ¹⁶ Beato Pablo VI, Ex. ap. *Marialis cultus* (2–II–1974), 57.

¹⁷ Francisco, Homilía, 5-VII-2014.

¹⁸ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 76.

LOS SANTOS
EN EL AÑO LITÚRGICO

Como una gran sinfonía

En el concierto de la historia, cada santo toca un instrumento distinto. Nos asomamos a esta música celebrando su memoria a lo largo del año litúrgico.

En la representación del Juicio Final de la Capilla Sixtina, obra maestra de Miguel Ángel, vemos a Cristo en el centro, que parece gobernar el universo con un movimiento de brazo. A su lado se encuentra santa María, que mira con piedad a sus hijos mientras se presentan ante el supremo Juez. En torno a estas dos figuras se dispone una multitud de personajes: santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, mártires y apóstoles, que contemplan al Salvador.

Este tipo de representación del Juicio Final posee una larga tradición en el arte cristiano. En la Edad Media era común, en las fachadas de las iglesias y catedrales y a veces también en el interior, mostrar a Cristo rodeado de santos: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sabios doctores y sencillos trabajadores manuales, reyes y papas, monjes y soldados, vírgenes y padres de familia, de todos los ambientes y lugares, de todas las razas y culturas. Esta inmensa turba con frecuencia se acompañaba de ángeles tocando instrumentos musicales, haciendo del conjunto una gran orquesta que interpreta una hermosa sinfonía, dirigida por el compositor y maestro, Jesucristo. Benedicto XVI comparó a los santos con un gran «conjunto de instrumentos que, aun con su individualidad, elevan a Dios una única gran sinfonía de intercesión, de acción de gracias y de alabanza»¹. Cada uno es maestro de un instrumento distinto, y el resultado es una música variada, siempre nueva, que interpretamos cuando a lo largo del año litúrgico celebramos su memoria. Los bienaventurados forman parte de nuestra

vida por la Comunión de los santos: estamos unidos a la Iglesia del Cielo, «donde las almas están triunfando con el Señor»². La sensibilidad litúrgica cristiana se manifiesta cuando se entrelaza lo que creemos, vivimos, celebramos y rezamos.

Riquezas de la santidad cristiana

A lo largo de la historia, son innumerables los hombres y mujeres que han puesto por obra las palabras de Jesús: «Estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est»³; sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. La riqueza de carismas del Espíritu Santo, las diferencias en el modo de ser de las personas y la amplia gama de situaciones en las que los cristianos han vivido, hacen que este mandato del Señor se encarne en maneras diversas. «Cada estado de vida conduce a la santidad, ¡siempre! En tu casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en ese momento y en tu estado de vida se abrió el camino hacia la santidad»⁴.

¡Cuánto atraen los santos! La vida de una persona que ha luchado por identificarse con Cristo constituye una gran apología de la fe. Su potentísima luz resplandece en medio del mundo. Si en ocasiones parece que la historia de los hombres está gobernada por el reino de la oscuridad, se debe posiblemente a que estas luces brillan en menor número o más tenuemente: «estas crisis mundiales –apuntaba san Josemaría– son crisis de santos»⁵. El contraste entre la luminosa existencia de los santos y las tinieblas en las que quizá se vieron rodeados puede ser grande; de hecho, muchos fueron objeto de incomprensiones o de persecuciones, abiertas o solapadas, como le sucedió al Verbo Encarnado: «vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz»⁶. Sin embargo, la experiencia nos muestra el indudable atractivo de los santos: en tantos ambientes de nuestra sociedad, se sigue reconociendo con admiración el testimonio de una vida cristiana fuerte, radical, coherente. Las historias de los santos muestran además cómo el contacto con el Señor llena el corazón de paz y de alegría; cómo se puede difundir serenidad, esperanza y optimismo en nuestro entorno; y cómo permanecer, al mismo tiempo,

abiertos a las necesidades de los demás, especialmente a las de los más desfavorecidos.

La devoción a los santos

La insondable riqueza de la santidad cristiana ha sido continuamente recordada y meditada por la Iglesia a la luz de la Palabra de Dios. La Liturgia celebra con amor cada año a sus hijos que han pasado por el mundo, como Jesús, «haciendo el bien»⁷, siendo vivas luminarias para sus hermanos los hombres, ayudándoles a ser felices en esta tierra y en la vida futura. Las fechas que conmemoran sus respectivas memorias litúrgicas corresponden habitualmente al día de su muerte o *dies natalis*: la fecha en que nacen a la nueva vida, la del cielo. En otras ocasiones, recuerdan otros momentos destacados en su biografía, especialmente aquellos relacionados con la recepción de los sacramentos.

Grande era la devoción de san Josemaría a los santos: «¡Qué amor el de Teresa! —¡Qué celo el de Xavier! —¡Qué varón más admirable San Pablo! —¡Ah, Jesús, pues yo... te quiero más que Pablo, Xavier y Teresa!»⁸ La Sagrada Liturgia es un lugar privilegiado para crecer en amor a estos intercesores celestes y para sentirlos cercanos, como amables compañeros de viaje, durante la vida terrena. El Misal Romano, recogiendo una tradición plurisecular de fe celebrada, contiene formularios comunes de oraciones para las Misas de mártires, pastores, doctores de la Iglesia, vírgenes, y santos y santas que alcanzaron la plenitud de la vida cristiana en circunstancias y estados de vida distintos. En la mayoría de los casos, sus celebraciones contienen algunas de estas oraciones comunes y otras oraciones propias.

En cualquier familia se festejan de modo especial los aniversarios de los miembros más destacados, como el padre o la madre, los abuelos... Así ocurre también en la familia de Dios que es la Iglesia. Además de las celebraciones de santa María, el calendario romano general celebra las solemnidades de san José (19 de marzo); de la Natividad de san Juan Bautista (24 de junio); de san Pedro y san Pablo (29 de junio) y de

Todos los Santos (1 de noviembre). A ellas se suman un buen número de fiestas de santos: además de las de los apóstoles y evangelistas, que jalonan todo el año, son fiestas las memorias litúrgicas de san Lorenzo (10 de agosto); san Esteban protomártir (26 de diciembre) y los santos Inocentes (28 de diciembre). A estas fechas se unen las memorias, cuya celebración puede ser libre u obligatoria. En la Obra, además de las fiestas del Señor, de la Virgen y de san José, se celebran con especial devoción la exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre); las fiestas de los santos Arcángeles (29 de septiembre) y de los Apóstoles patronos de las labores de la Prelatura; la de los Ángeles Custodios (2 de octubre).

Como se lee en el libro del Apocalipsis, los santos constituyen «una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas»⁹. Este Pueblo comprende los santos del Antiguo Testamento, como el justo Abel y el fiel patriarca Abraham; los del Nuevo Testamento; los numerosos mártires del inicio del cristianismo y los beatos y santos de los siglos sucesivos. Es la gran familia de los hijos de Dios, formada por aquellos que forjaron su santidad con el impulso del eterno animador, el Espíritu Santo.

Las colectas del Misal Romano

Un escritor francés contemporáneo decía que los santos son como «los colores del espectro en relación con la luz»¹⁰. Cada uno expresa, con tonalidades y brillos propios, la luz de la santidad divina. Parece como si el fulgor de la Resurrección de Cristo, al atravesar el prisma de la humanidad, se abriera en una gradación de colores tan variados como fascinantes. «Cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás santos “proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él; propone a los fieles sus ejemplos, que atraen a todos por medio de Cristo al Padre, y por sus méritos implora los beneficios divinos”»¹¹.

A través de los formularios de las Misas de los santos del Misal Romano, la Iglesia expresa su oración en palabras que nos ayudan a considerar los distintos colores de ese espectro de luz. En cada una de estas celebraciones, existe al menos la oración colecta propia del santo,

que el sacerdote recita en los ritos iniciales, inmediatamente antes de la liturgia de la Palabra. Esta breve oración nos indica el carácter de la celebración¹²: recuerda en modo sucinto qué "color" de la santidad de Dios brilló con más fuerza en el santo que conmemoramos ese día. Frecuentemente inician evocando alguna faceta de la historia de la salvación, en particular del Misterio de Cristo. Es además habitual que encomienden el pueblo cristiano al santo o santa, cuya intercesión se suplica para alguna circunstancia particular.

El contenido de las colectas es muy rico y variado. Así, por ejemplo, en la memoria de san Juan Fisher y santo Tomás Moro (22 de junio) se pide la coherencia entre la fe y la propia existencia (lo que san Josemaría llamará la unidad de vida); o se implora tener ardor apostólico como san Francisco Javier (3 de diciembre); o vivir del misterio de Cristo, especialmente contemplando su Pasión, como hizo santa Catalina de Siena (29 de abril); o ser encendidos en el corazón con el fuego del Espíritu Santo, en el día de san Felipe Neri (26 de mayo). En otras ocasiones se requieren dones y gracias para la Iglesia: la fecundidad del apostolado en la memoria de san Carlos Lwanga y compañeros mártires (3 de junio); la bendición de tener pastores según el corazón de Jesús, en el día de san Ambrosio (7 de diciembre); o una apertura confiada de los corazones a la gracia de Cristo, como repetía san Juan Pablo II (22 de octubre). Con los santos se recorren también los mil repliegues de la vida cristiana: así, en la memoria de san Juan Diego (9 de diciembre) se contempla el amor de la Santísima Virgen hacia su pueblo, y en la de santa Águeda (5 de febrero) se recuerda cómo agrada a Dios la virtud de la pureza.

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse indefinidamente, nos muestran cómo las oraciones de las celebraciones de los santos constituyen una fuente riquísima para nuestro rato de oración personal del día, o para dirigirnos al Señor espontáneamente con alguna frase a lo largo de las horas de trabajo y descanso. Son como gemas preciosas de belleza singular, algunas con muchos siglos de antigüedad, que se engarzan en esas joyas de la Tradición cristiana que son las celebraciones litúrgicas. Con ellas, rezamos como han rezado tantas generaciones de cristianos. Las memorias y fiestas de los santos a lo

largo del año nos brindan oportunidades de conocer un poco más a estos poderosos intercesores ante la Trinidad, así como de hacer nuevos amigos en el Cielo.

Estrellas de Dios

En los santos «el contacto con la palabra de Dios ha provocado, por decirlo así, una explosión de luz, a través de la cual el resplandor de Dios ilumina nuestro mundo y nos muestra el camino. Los santos son estrellas de Dios, que dejamos que nos guíen hacia aquel que anhela nuestro ser»¹³. Al igual que la estrella de Oriente guió a los Magos hacia su encuentro personal con Cristo, los santos nos indican, como estrellas polares en la noche, cuál es el “norte” al que debemos dirigirnos.

Entre esas estrellas que señalan el camino, la Iglesia ha propuesto también públicamente a la devoción del pueblo cristiano a san Josemaría y al beato Álvaro. El ardor apostólico y el servicio desinteresado a la Iglesia y a todas las almas, que esculpieron la identidad cristiana del Fundador del Opus Dei y de su primer sucesor, caracterizan las oraciones que la Iglesia eleva a Dios en sus respectivas fiestas litúrgicas. En el primer caso, la Iglesia implora a nuestro Padre Dios que, por la intercesión de san Josemaría, en medio del trabajo ordinario, «nos configuremos a tu Hijo Jesucristo y sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención»¹⁴ y que la celebración de los sacramentos «fortalezcan en nosotros el espíritu de hijos adoptivos»¹⁵. En la oración colecta del beato Álvaro se ruega que, imitando su ejemplo, «nos gastemos humildemente en la misión salvífica de la Iglesia»¹⁶, porque don Álvaro fue fiel a la Iglesia y siguió lealmente a san Josemaría en la difusión del mensaje de la llamada universal a la santidad y el apostolado.

Nos ayuda acudir asiduamente a la intercesión de san Josemaría y del beato Álvaro para que nos alcancen del cielo la fidelidad a nuestra propia vocación, en toda circunstancia. “Leyendo” sus vidas —como si fueran una gran novela— aprendemos a ser santos en la vida ordinaria. De hecho, como recordaba san Bernardo en una homilía del día de Todos los Santos, «los santos no necesitan de nuestros honores, ni les

añade nada nuestra devoción (...); la veneración de su memoria redundará en provecho nuestro, no suyo. Por lo que a mí respecta, confieso que, al pensar en ellos, se enciende en mí un fuerte deseo»¹⁷. He aquí, por tanto, el significado del culto de estos hombres y mujeres de Dios: «contemplar el luminoso ejemplo de los santos, suscitar en nosotros el gran deseo de ser como ellos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios»¹⁸. Además, al contemplar —a lo largo del año— los santos y santas de todos los lugares y de todos los tiempos, experimentamos que «fueron, son normales: de carne, como la tuya. —Y vencieron»¹⁹.

La celebración del culto a los santos nos recuerda con fuerza la llamada universal a la santidad: con la gracia de Dios, todos podemos corresponder con plenitud a la amorosa invitación a participar de la Vida divina, en nuestras circunstancias. Como animaba el papa Francisco: «Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo para quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicarse exclusivamente a la oración. Pero no es así. Alguno piensa que la santidad es cerrar los ojos y poner cara de santito. ¡No! No es esto la santidad. La santidad es algo más grande, más profundo que nos da Dios. Es más, estamos llamados a ser santos precisamente viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio cristiano en las ocupaciones de cada día»²⁰. Personas de toda condición recorren el camino de la perfección cristiana: «hay muchos cristianos maravillosamente santos; hay muchas madres de familia maravillosamente, encantadoramente santas; hay muchos padres de familia estupendos. Ocuparán en el cielo lugares de maravilla. Y obreros y campesinos. Donde menos se piensa, ahí hay almas que vibran»²¹.

¡Qué ilusión considerar que, conforme pasen los años, serán más y más los santos de la vida cotidiana, que celebraremos litúrgicamente para que nos impulsen a enamorarnos de Cristo en nuestro quehacer habitual!

Notas

- ¹ Benedicto XVI, Audiencia, 25–IV–2012.
- ² San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 26–VI–1974, en *Catequesis en América I*, 695 (AGP, biblioteca, PO4).
- ³ *Mt* 5, 48.
- ⁴ Francisco, Audiencia, 19–XI–2014.
- ⁵ San Josemaría, *Camino*, n. 301.
- ⁶ *Jn* 3,19.
- ⁷ *Hch* 10, 38.
- ⁸ *Camino*, n. 874.
- ⁹ *Ap* 7, 9.
- ¹⁰ J. Guittou, *Oeuvres Complètes 2*, Paris: Desclée de Brouwer, 1968, 933.
- ¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1173. Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 104.
- ¹² Cfr. *Instrucción general del Misal Romano*, n. 54.
- ¹³ Benedicto XVI, Homilía, 6–I–2012.
- ¹⁴ Oración colecta de la Misa de san Josemaría (26 de junio).
- ¹⁵ Oración poscomunión de la Misa de san Josemaría (26 de junio).
- ¹⁶ Oración colecta de la Misa del beato Álvaro (12 de mayo).
- ¹⁷ San Bernardo, *Sermo 2*, en *Opera Omnia Cisterc.* 5, 364 (*Lectio altera* del Oficio de lecturas de la Liturgia de las Horas del 1 de noviembre).

- ¹⁸ Benedicto XVI, Homilía, 1–XI–2006.
- ¹⁹ *Camino*, n. 133.
- ²⁰ Francisco, Audiencia, 19–XI–2014.
- ²¹ San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 18–V–1970, en *Crónica 1970*, 284 (AGP, biblioteca Po1).

CANTO Y MÚSICA
EN LA LITURGIA

La música que viene de Dios

La música ha tenido siempre un lugar central en la liturgia cristiana. Como el silencio, es un lenguaje que necesitamos para entrar en sintonía con la belleza de Dios, para descubrir su Presencia. Caen las prisas, caen los cálculos, como siempre que se trata de amor: cantamos porque queremos tener tiempo para Dios.

«*Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est!* Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria»¹. Sin solución de continuidad, la liturgia de la Vigilia Pascual une este canto con el relato del paso de Israel a través del mar Rojo: la música, llena de alegría, surge espontánea al *tocar* la cercanía de Dios. El portento de las aguas divididas se convirtió, para el Pueblo elegido, en emblema de esa cercanía de Dios: los salmos se hacen eco de él con frecuencia². En el tiempo de la Iglesia, este evento nos habla del bautismo, de la Cruz, del cielo... Nos habla de nuestra vida, y de la Vida que Dios nos tiene preparada en la otra orilla, que «no es un sencillo embellecimiento de esta vida actual: ella supera nuestra imaginación, porque Dios nos sorprende continuamente con su amor y con su misericordia»³.

Ante «el Dios de las sorpresas»⁴, un Dios que siempre hace nuevas las cosas⁵, «sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas»⁶. Ante el Dios que nos sorprende con su novedad, brotan espontáneas la alabanza y la adoración: el canto y el silencio. Uno y otro están profundamente emparentados, porque expresan lo que las meras palabras no logran

decir. Por eso, la liturgia los reserva para sus momentos más sublimes. «Canta la Iglesia —se ha dicho— porque hablar no sería bastante para su plegaria. —Tú, cristiano —y cristiano escogido—, debes aprender a cantar litúrgicamente»⁷.

Un cántico nuevo

Humanamente irresoluble. Así era la situación del Pueblo elegido, acorralado entre el Mar Rojo y el ejército egipcio. Por delante, la barrera del mar; a sus espaldas, la fuerza beligerante de las armas. «Decía el enemigo: “Los perseguiré y alcanzaré, repartiré el botín, se saciará mi codicia, empuñaré la espada, los agarrará mi mano”»⁸. Así se encuentra también la Iglesia, tantas veces, asediada por quienes querrían borrarla de la faz de la tierra, o vaciarla al menos de su carácter sobrenatural.

Pero Dios está con nosotros, como estaba con los israelitas. Ante los imposibles humanos, brilla su gloria por contraste con la potencia del Faraón y de los faraones de la historia: de modos inesperados, el mar se aparta y nos abre el paso, y se cierra de nuevo ante el enemigo. «Sopló tu aliento y los cubrió el mar, se hundieron como plomo en las aguas formidables»⁹.

La narración sagrada no desvela los pensamientos de Israel, mientras cruzaban el mar por camino seco, con murallas de agua a derecha e izquierda. Solo al final, la Biblia vuelve su mirada sobre los israelitas para mostrar su reacción. «Temió el Pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria»¹⁰: temor y renovada fe en Dios, que se desborda en el primer canto nuevo¹¹ del que la Escritura da noticia.

No conocemos esa música. Nadie pudo recogerla de ningún modo y tampoco la tradición oral la ha hecho llegar hasta nosotros. Pero debió ser sincera: brotaba de un profundo agradecimiento, expresaba un hondo sentido de adoración. Debió ser sobrecogedora: cualquier testigo

externo habría podido tocar la presencia de Dios en aquel canto, como la tocaron quienes lo entonaron.

Tras este episodio, los israelitas encontrarán más dificultades en el desierto. Primero, las aguas amargas de Mará, que se vuelven dulces en virtud del madero, figura de la Cruz¹²; después, el rigor del desierto de Sin, que el Señor palia con el maná y las codornices; las aguas de Masá y Meribá... Dios salía siempre al paso de las dificultades y el pueblo renovaba su cantar. La esperanza era llegar al momento en el que todo sería ya canto nuevo.

La venida de Cristo ha inaugurado la salvación definitiva: «La salvación viene de nuestro Dios que se sienta sobre el trono, y del Cordero»¹³. El canto nuevo, que ya no pasa, se ha empezado a entonar. A la vez, sin embargo, esperamos el momento en el que sea pleno, tal como nos lo presenta el Apocalipsis¹⁴. En cierto modo, la Iglesia ha llegado ya a la tierra Prometida, pero continúa su peregrinación por el desierto: por eso en la liturgia habla de sí misma como «*peregrinans in terra*»¹⁵. En realidad, “nuevo”, en el lenguaje bíblico, «no indica tanto la novedad exterior de las palabras, cuanto la plenitud última que sella la esperanza. Así pues, se canta la meta de la historia, en la que por fin callará la voz del mal (...). Pero después de este aspecto negativo se presenta, con un espacio mucho mayor, la dimensión positiva, la del nuevo mundo feliz que está a punto de llegar»¹⁶.

La música del cielo, en la tierra

Cuando el Cordero «recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron (...); tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo»¹⁷. La Sagrada Escritura no se ahorra, en su sobriedad, la mención del canto en el cielo. Es lógico que lo haga, porque «Dios no es soledad, sino amor glorioso y gozoso, difusivo y luminoso»¹⁸. La imaginación puede sugerirnos la música que acompañó a la Virgen cuando la Trinidad Beatísima la recibió en el cielo. Ejércitos de ángeles esperan a su Reina que está por llegar en cuerpo y alma. La música es solemne; rebosa afecto, alegría, el delicado equilibrio de la belleza. La

Virgen aparece, esplendorosa, y el Hijo, que ha introducido la humanidad en el seno de la Trinidad, recibe a su Madre.

La liturgia terrena, también cuando no alcanzamos a percibir toda su belleza, quizá por las circunstancias externas o por las nuestras propias, es «el culto del templo universal que es Cristo resucitado, cuyos brazos están extendidos en la cruz para atraer a todos en el abrazo del amor eterno de Dios. Es el culto del cielo abierto»¹⁹. Por eso los prefacios de la Misa terminan siempre invitando a todos a cantar el *Sanctus* junto a los ángeles y los santos. En el *Sanctus* la tierra y el cielo se unen: «nos asociamos llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres»²⁰. «Yo aplaudo y ensalzo con los Ángeles, decía San Josemaría; no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad»²¹.

Ciertamente, en el relato del anuncio de los ángeles a los pastores, «Lucas no dice que los ángeles cantaran. Él escribe muy sobriamente: el ejército celestial alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en el cielo...” (Lc 2, 13s). Pero los hombres siempre han sabido que el hablar de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente esta noche del mensaje gozoso ha sido un canto en el que ha brillado la gloria sublime de Dios. Por eso, este canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios»²².

Este es el marco en el que se inscribe la rica creatividad musical de la liturgia, que empezó a desarrollarse con la oración de Israel: el esfuerzo por entrar en sintonía con la belleza de Dios, por asomarnos al cielo. «La liturgia es tiempo de Dios y espacio de Dios, y nosotros debemos entrar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios y no mirar el reloj. La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio»²³. San Josemaría escribía, en esa misma línea, que en la Santa Misa «deberían pararse los relojes»²⁴: ante Dios no cabe un planteamiento meramente instrumental, pragmático. «La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que

proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría»²⁵.

Al alcance de todos

La participación de cada uno en el canto litúrgico manifiesta también el cariño, el «sentido del misterio»²⁶ que nos lleva a poner entre paréntesis los criterios de eficacia propios de otros contextos. Sin dejar de atender a las circunstancias profesionales y familiares de todos, muchas veces se puede dar a la celebración litúrgica ese toque que ayuda, de un modo concreto, a adorar a Dios. Quizá en esto iremos a contracorriente de una cultura pragmatista de la que todos somos hijos; pero también así, dando a la liturgia su tiempo, con el resplandor sencillo de nuestra fe, llevamos el mundo a Dios: le hacemos presente en la ajetreada vida moderna, que no sabe tener tiempo para Él. «¿No es raro que muchos cristianos, pausados y hasta solemnes para la vida de relación (no tienen prisa), para sus poco activas actuaciones profesionales, para la mesa y para el descanso (tampoco tienen prisa), se sientan urgidos y urjan al Sacerdote, en su afán de recortar, de apresurar el tiempo dedicado al Sacrificio Santísimo del Altar?»²⁷ La fe «es amor y por ello crea poesía y crea música»²⁸: si nuestra fe es viva, también sabremos parecernos en esto a los primeros cristianos, a quienes san Pablo animaba a cantar y celebrar al Señor con todo el corazón²⁹.

No es, pues, la música litúrgica una cuestión de sensiblería o de esteticismo: es cuestión de amor, de querer «tratar a Dios con ternura de corazón»³⁰, y no «de una manera oficial y seca, con una fe que no tiene vibración»³¹. Del mismo modo que echaríamos en falta la música en un momento festivo de la vida, es natural que queramos dar ese realce a la liturgia. A veces, en la celebración cotidiana, bastará un canto breve, piadoso: *Adoro te devote*, *Ave Maris Stella*, *Rorate Coeli*, etc. En las fiestas, en función de las aptitudes de los fieles, la música adquirirá un mayor protagonismo, cantando algunas partes de la Misa —el *Gloria*, el *Sanctus*, etc.— y sirviéndose quizá del acompañamiento del órgano.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha formado una preciosa tradición de música sacra. La novedad del culto cristiano empujó a buscar formas poéticas y musicales nuevas que expresaran cómo la oración se elevaba a niveles inusitados: «Corresponde a los hombres cantar *Salmos*, pero cantar himnos corresponde a los Ángeles y a aquellos que llevan una vida como la de los Ángeles»³². Así, en la liturgia romana destaca el gregoriano como canto propio³³, con el que podemos orar durante la celebración de la Santa Misa: por ejemplo, el Misal Romano de altar ofrece las notas para poder cantar el *Per ipsum* al final de la Plegaria Eucarística, así como otras oraciones.

Dentro del gran repertorio de música sacra cristiana, se encuentran cantos a la altura de todas las sensibilidades y capacidades: desde melodías sencillas hasta complejas polifonías. También hay cantos de factura más reciente que, desde la propia identidad cultural, saben poner música al misterio de Dios. Tanto las piezas más tradicionales como las modernas se encuentran en libros publicados para la ayuda de los fieles; también se pueden realizar recopilaciones de los cantos más adecuados a cada lugar.

Es este un campo prometedor también para las personas con más preparación musical: el esfuerzo por volcar su creatividad en hacer más luminoso el culto les hará también más generosos con Dios, porque dedicando ese tiempo al Señor y a los demás están ofreciendo el sacrificio de Abel³⁴. En todo caso, vale la pena poner aquí al menos la ilusión con que se prepara, por ejemplo, la celebración de un cumpleaños: aprendiendo y ensayando cantos que pertenecen a la cultura cristiana, expresan una auténtica sensibilidad litúrgica y dan cauce a nuestra oración. En efecto, en la liturgia estamos con Dios, y a Dios le gusta que cantemos, porque a veces con hablar no basta.

El lenguaje de la adoración

La música, en la liturgia, no es un mero acompañamiento u ornamentación; tampoco es la interpretación de un tema religioso que llama la atención sobre sí misma: en uno y otro caso, la música discurriría en paralelo con la celebración, cuando se trata en cambio de

que sea una misma cosa con ella³⁵. La verdadera música litúrgica es ella misma oración, es ella misma liturgia; no nos dispersa, no se limita a darnos una alegría sensible o un placer estético: nos recoge, nos mete en el misterio de Dios. Nos lleva a la adoración, que tiene en el silencio uno de sus lenguajes privilegiados: «el silencio —nos recuerda el Papa— custodia el misterio»³⁶. Si la música es de Dios, no competirá con el silencio: nos llevará hacia el silencio verdadero, el del corazón.

Los instantes de silencio que prevé la liturgia —antes de iniciar la Misa, en el acto penitencial, en los *mementos*, en la consagración, etc.— son invitaciones a recogernos en adoración. Nos preparan para el momento de la comunión, porque «para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial»³⁷.

«Tú, yo, ¿adoramos al Señor?», nos pregunta el Papa, dirigiéndonos hacia el centro íntimo de la liturgia, que será nuestro cielo. «¿Acudimos a Dios solo para pedir, para agradecer, o nos dirigimos a él también para adorarlo? Pero, entonces, ¿qué quiere decir adorar a Dios? Significa aprender a estar con él, a pararse a dialogar con él, sintiendo que su presencia es la más verdadera, la más buena, la más importante de todas (...); adorar al Señor quiere decir que estamos convencidos ante él de que es el único Dios, el Dios de nuestra vida, el Dios de nuestra historia»³⁸.

CARLOS AYXELÀ

[Volver al índice](#)

Notas

- 1 *Ex* 15,1.
- 2 Cfr. *Sal* 65 (66); 77 (78); 105 (106); 135 (136).
- 3 Francisco, *Ángelus*, 10–XI–2013.
- 4 Francisco, *Homilía* en Santa Marta, 20–I–2014.
- 5 Cfr. *Ap* 21,5.
- 6 San Josemaría, *Amigos de Dios*, 307.
- 7 San Josemaría, *Camino*, 523.
- 8 *Ex* 15,9.
- 9 *Ex* 15,10.
- 10 *Ex* 14,31 – 15,1.
- 11 Cfr. *Sal* 32 (33); 39 (40); 95 (96); 97 (98); 143 (144); 149.
- 12 Cfr. *Ex* 14,22–25.
- 13 *Ap* 7,10.
- 14 *Ap* 5,9–10; 14,3.
- 15 *Misal Romano*, Plegaria eucarística III.
- 16 Benedicto XVI, *Audiencia*, 26–I–2006. Cfr. *Sal* 143 (144).
- 17 *Ap* 5,8–9.
- 18 Benedicto XVI, *Homilía*, 19–II–2012.
- 19 Benedicto XVI, *Audiencia*, 3–X–2012.
- 20 Benedicto XVI, *Homilía*, 24–XII–2010.
- 21 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 89.
- 22 Benedicto XVI, *Homilía*, 24–XII–2010.

- 23 Francisco, *Homilía*, 10-II-2014.
- 24 San Josemaría, *Forja*, 436.
- 25 Benedicto XVI, *Homilía*, 24-XII-2010.
- 26 Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 17-IV-2003, 49.
- 27 *Camino*, 530.
- 28 Benedicto XVI, *Audiencia*, 21-V-2008.
- 29 Cfr. *Ef* 5,19; *Col* 3,17.
- 30 *Amigos de Dios*, 167.
- 31 *Forja*, 930.
- 32 Orígenes, *Sel. in psalmos*, en *Sal* 119 [118],71.
- 33 Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum concilium* (4-XII-1963), 116.
- 34 Cfr. *Misal Romano*, Plegaria Eucarística I; Cfr. *Gen* 4,4.
- 35 Cfr. Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 112.
- 36 Francisco, *Homilía* en Santa Marta, 20-XII-2014.
- 37 Benedicto XVI, *Homilía*, 7-VI-2012.
- 38 Francisco, *Homilía*, 14-IV-2013.

EPÍLOGO

Reunidos en comunión: rezando con toda la Iglesia

El Canon Romano nos da la medida de la oración de la Iglesia, que abraza el espacio y el tiempo, como los brazos abiertos de Jesús en la Cruz.

«Celebro la Misa con todo el pueblo de Dios. Diré más: estoy también con los que aún no se han acercado al Señor, los que están más lejanos y todavía no son de su grey; a éstos también los tengo en el corazón. Y me siento rodeado por todas las aves que vuelan y cruzan el azul del cielo, algunas hasta mirar de hito en hito al sol (...). Y rodeado por todos los animales que están sobre la tierra: los racionales, como somos los hombres, aunque a veces perdemos la razón, y los irracionales, los que corretean por la superficie terrestre, o los que habitan en las entrañas escondidas del mundo. ¡Yo me siento así, renovando el Santo Sacrificio de la Cruz!»¹.

Venimos recorriendo los diversos momentos del año litúrgico, profundizando en todo el arco de tonalidades que adquiere, en el tiempo, la oración de la Iglesia. Estas palabras de san Josemaría sobre la Eucaristía, «corazón del mundo»², ponen ante nosotros el verdadero alcance del culto cristiano, que, como anunciaba ya uno de los salmos mesiánicos, abraza todo el espacio —«*a mari usque ad mare*, de mar a mar»³— y todo el tiempo —«como el sol y la luna, de generación en generación»⁴—. Todo empezó en la Cruz: Jesús recogía ya entonces en su oración a toda la Iglesia, y daba así cuerpo a la *communio sanctorum* de todos los lugares y de todos los tiempos. Y todo vuelve a la Cruz: «*omnes traham ad meipsum*, atraeré a todos hacia mí»⁵. En cada celebración eucarística está toda la Iglesia, cielos y tierra, Dios y los hombres. Por eso en la Santa Misa quedan superadas no solo las fronteras políticas o sociales, sino las que separan cielo y tierra. La

Eucaristía es *katholikē*, que en griego significa universal, católica: tiene la medida del todo, porque allí está Dios, y con Él estamos todos, en unidad con el Papa, con los Obispos, con los creyentes de todas las épocas y lugares.

Vamos a asomarnos, ya al final de esta serie, a algunos recodos de la Plegaria Eucarística, a través del Canon Romano⁶. Entreveremos así esa amplitud de la oración de la Iglesia, que surge de la amplitud de Dios. Si procuramos rezar en la Misa con ese sentido universal, de no estar solos, el Señor nos dilatará el corazón —«*dilatasti cor meum*»⁷—, nos hará rezar con todos nuestros hermanos en la fe; nos hará ser memoria de Dios, bálsamo de Dios, paz de Dios para toda la humanidad.

Sanctus, Sanctus, Sanctus

La Plegaria Eucarística inicia con el Prefacio, que siempre pone ante nuestros ojos motivos de acción de gracias. A veces no seremos capaces de apreciarlos, todos ellos, como algo que nos toca de cerca. Pero la Iglesia sí sabe lo que agradece, y nos podemos confiar a su sabiduría, aunque a veces no entendamos. Precisamente el final del Prefacio nos recuerda que es Ella, la Iglesia de todos los lugares y de todos los tiempos, la que celebra la Eucaristía, igual si participan miles de personas que «si ayuda al sacerdote como único asistente un niño, quizá distraído»⁸.

El Prefacio concluye con el *Sanctus*, «la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo»⁹. Cantamos, unidos a la liturgia del cielo, y lo hacemos no solo en nombre propio, sino en el de toda la humanidad y en el de la creación entera, que necesita de la voz del hombre. Somos por eso *liturgos* de la creación, intérpretes y sacerdotes del canto que las criaturas quieren entonar a Dios: «Hacemos mención del cielo y de la tierra, del mar, del sol y de la luna, de los astros y de todas las criaturas racionales e irracionales, visibles e invisibles, de los ángeles, las virtudes, las dominaciones, las potestades, los tronos, los querubines de muchos rostros (cf. *Ez* 10, 21), con el anhelo de decir aquello de David: Engrandeced conmigo al Señor (*Sal* 33, 4)»¹⁰.

Memento Domine...

Esta oración eclesial, este rezar juntos, se percibe también en las *intercesiones*: «*Memento Domine*, acuérdate Señor», le decimos, y nos convertimos entonces nosotros mismos en «memoria de Dios» para nuestra familia y amigos, para las personas que se confían a nuestra oración, y también para todos aquellos de los que quizá solo Él se acuerda. Se trata de algo esencial en «nuestra Misa»¹¹, porque «si falta la memoria de Dios, todo queda rebajado, todo queda en el yo, en mi bienestar. La vida, el mundo, los demás, pierden la consistencia, ya no cuentan nada (...). Si perdemos la memoria de Dios, también nosotros perdemos la consistencia, también nosotros nos vaciamos, perdemos nuestro rostro como el rico del Evangelio»¹².

La oración de intercesión nos mete de lleno en la oración de Jesús, que es el único intercesor ante el Padre en favor de todos los hombres. «Interceder, pedir en favor de otro es, desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios. En el tiempo de la Iglesia, la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos»¹³. Las primeras comunidades cristianas vivieron intensamente esta forma de petición que no conoce fronteras, como se percibe ya desde las primeras anáforas eucarísticas. Procuraban adquirir los sentimientos de Aquel que «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»¹⁴. En la Plegaria eucarística, si ponemos cariño de nuestra parte, Dios nos agranda el corazón, lo hace a la medida del de Cristo.

Con esa magnanimidad pedimos en primer lugar por toda la Iglesia: «para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero...». Y comenzamos por unirnos al Papa, al obispo de nuestra diócesis y, por supuesto, al Padre: rezamos así «bien apiñados, formando una familia muy unida»¹⁵.

Después, la intercesión se convierte en petición por todos los fieles presentes y en favor de aquellos por los que se ofrece el sacrificio: «*Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum N. et N. et omnium circumstantium...* Acuérdate, Señor de tus hijos N. y N., y de todos los aquí reunidos cuya fe y entrega bien conoces...». La Plegaria

eucarística primera pone ante el Señor las necesidades de aquellos, cristianos o no, por los que se reza específicamente, aunque no sea necesario decir sus nombres en voz alta. El sacerdote, dicen las rúbricas, junta las manos y ora unos instantes por quienes tiene intención de encomendar a Dios. San Josemaría habitualmente podía detenerse un poco más: «Hago un Memento muy largo. Cada día hay unos coloridos diversos, unas vibraciones distintas, unas luces cuya intensidad va de aquí para allá. Pero el común denominador de mi ofrecimiento es éste: la Iglesia, el Papa y el Opus Dei. (...) Me acuerdo de todos, de todos: no puedo hacer una excepción. No voy a decir de éste no, porque es mi enemigo; de ése tampoco, porque me ha hecho mal; no de aquél, porque me ha calumniado, me difama, miente... ¡No! ¡Por todos!»¹⁶.

Communicantes et memoriam venerantes...

El Canon Romano nos recuerda también que en la Santa Misa estamos no solo con el Señor, sino también con los hombres de cualquier lugar y tiempo. Por eso se habla no solo de la Trinidad y del Verbo encarnado, de su muerte y de su resurrección; se pronuncian también los nombres de otras personas importantes en la familia, porque nos sabemos también en su compañía.

«*Communicantes et memoriam venerantes...* Reunidos en comunión con toda la Iglesia veneramos la memoria...» de la Santísima Virgen, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, en primer lugar; después, san José¹⁷, seguido por los nombres de doce apóstoles, entre los que se incluye a san Pablo¹⁸, y doce mártires de los primeros cuatro siglos de la era cristiana¹⁹.

No se trata de una “enumeración honorífica”, como las que a veces presenciamos en los actos oficiales, no sin cierto tedio y prisa por que acaben. Se trata de nuestra familia, «la gran familia de hijos de Dios que es la Iglesia Católica»²⁰. En la Santa Misa estamos en comunión no solo con nuestros hermanos «dispersos por el mundo»²¹, sino también con nuestros hermanos glorificados en el cielo, y con los que se purifican para ver con ellos el rostro de Dios. «Mientras nosotros

celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: *La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero (Ap 7, 10)*. La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra (...) y proyecta luz sobre nuestro camino»²².

Memento etiam, Domine...

Poco después de la consagración, donde las demás plegarias eucarísticas concentran sus peticiones, el Canon Romano las continúa: «Acuérdate también, Señor, de tus hijos que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz». El celebrante se recoge unos instantes y ora por los difuntos; después prosigue con unas palabras tiernas, de gran calado: «A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz».

El recuerdo de nuestros hermanos difuntos pone ante nuestros ojos, una vez más, la fraternidad: los demás. El Espíritu Santo ensancha de nuevo nuestros corazones, porque podemos rezar aquí no solo por nuestros difuntos más cercanos, sino también por todos los hombres y mujeres que Dios ha llamado a sí desde el día anterior; algunos habrán muerto quizá muy solos, y Dios ha salido a su encuentro, a enjugar las lágrimas de sus ojos²³. «Cuando llega el memento de difuntos, ¡qué alegría rezar también por todos! Naturalmente pido en primer lugar por mis hijos, por mis padres y mis hermanos; por los padres y hermanos de mis hijos; por todos los que se han acercado a mí o al Opus Dei para hacernos el bien: con agradecimiento entonces. Y por los que han intentado difamar, mentir... ¡con mayor motivo!: los perdono de todo corazón, Señor, para que Tú me perdones. Y además ofrezco por ellos los mismos sufragios que por mis padres y por mis hijos (...). ¡Y se queda uno tan contento!»²⁴.

De multitudine miserationum tuarum sperantibus

El Canon se acerca a su conclusión, e intercede aún por los presentes, celebrante y fieles: «*Nobis quoque peccatoribus famulis tuis, de*

multitudine miserationum tuarum sperantibus... Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en tu infinita misericordia, admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires...»²⁵. Se nombra aquí a san Juan Bautista, seguido de siete mártires varones y siete mártires mujeres: siete es un número que, como el doce que encontrábamos más arriba, tiene una fuerte impronta bíblica: si el doce recuerda la elección divina (de las tribus de Israel, de los Apóstoles, etc.), el siete, es símbolo de plenitud, totalidad.

Ponemos nuestra mirada en el cielo: el Pueblo de Dios se acoge a sus santos en los momentos más trascendentales de su culto, y la santa Misa es el lugar en el que la Iglesia en el cielo y la Iglesia en la tierra se saben más unidas. Benedicto XVI nos alentaba a dar gracias a Dios «porque nos ha mostrado su rostro en Cristo, nos ha dado a la Virgen, nos ha dado a los santos, nos ha llamado a ser un solo cuerpo, un solo espíritu con Él»²⁶. Y como agradecer es apreciar, le podemos decir, con santo Tomás de Aquino, «Tú que todo lo sabes y puedes, que nos alimentas en la tierra, conduce a tus hermanos a la mesa del cielo, a la alegría de tus santos»²⁷.

JUAN JOSÉ SILVESTRE

[Volver al índice](#)

Notas

- ¹ San Josemaría, palabras pronunciadas en una reunión familiar, 22-V-1970 (citado en J. Echevarría, *Para servir a la Iglesia*, Rialp, Madrid 2001, 189-190).
- ² San Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 17-IV-2003, n. 59.
- ³ *Sal* 71 (72), 8.
- ⁴ *Sal* 71 (72), 5.

- 5 *Jn* 12, 32.
- 6 Cuando no se indica otra cosa, las citas que siguen son, pues, de la Plegaria Eucarística I.
- 7 *Sal* 118 (119), 30.
- 8 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 89.
- 9 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1352.
- 10 San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis mistagógica* V, 6 (PG 33, 1114).
- 11 *Es Cristo que pasa*, n. 169.
- 12 Francisco, *Homilía*, 29–XI–2013.
- 13 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2635.
- 14 *1 Tm* 2, 4.
- 15 Beato Álvaro del Portillo, *Carta*, 29–VI–1975 (en *Cartas de familia* II, n. 19 [AGP, Biblioteca P17]).
- 16 San Josemaría, notas de reuniones familiares del 1–IV–1972 y del 10–V–1974 (citado en J. Echevarría, *Vivir la Santa Misa*, Madrid, Rialp 2010, 106).
- 17 Su nombre se introdujo por decisión de san Juan XXIII en 1962. El Papa Francisco, por medio del Decreto *Paterna vices* de 1–V–2013, introdujo la mención de san José en las Plegarias eucarísticas II, III y IV.
- 18 San Matías es citado en el segundo elenco, tras la consagración.
- 19 Son cinco Papas, un obispo, un diácono, seguidos de Crisógono —del que no se sabe si era clérigo o laico— y cuatro laicos.
- 20 Javier Echevarría, *Carta*, 9–I–2002 (en *Cartas de Familia* V, n. 4 [AGP, Biblioteca P17]).
- 21 *Misal Romano*, Plegaria Eucarística III.
- 22 San Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 19.
- 23 Cfr. *Misal Romano*, Plegaria Eucarística III.

- ²⁴ San Josemaría, *Notas de una reunión familiar*, 10-V-1974 (citado en J. Echevarría, *Vivir la Santa Misa*, 151).
- ²⁵ Si bien en su origen el “nosotros, pecadores, siervos tuyos” podría referirse únicamente al sacerdote celebrante y a sus ministros, en la actualidad parece evidente —a la vista de las otras Plegarias eucarísticas— que se pide para todos la unión con la Iglesia celeste.
- ²⁶ Benedicto XVI, *Discurso*, 20-II-2009.
- ²⁷ Santo Tomás de Aquino, Himno *Lauda Sion*.

Oficina de Información
del Opus Dei, 2017

www.opusdei.org